

Fernando Garrido

Los inútiles y los útiles



Biblioteca Saavedra Fajardo 2020



Transcripción y revisión a partir de: Garrido, Fernando. *Los inútiles y los útiles*. Garrido, Fernando. *La redención social*. Garrido, Fernando. *La miseria*. Garrido, Fernando. *A las clases trabajadoras*. En: Garrido, Fernando. *Obras escogidas*. Barcelona: Librería de Salvador Manero, 1859.



ÍNDICE

LOS INÚTILES Y LOS ÚTILES.....	5
ARTÍCULO PRIMERO. LOS INÚTILES.....	5
I.....	5
II.....	6
III.....	8
IV.....	9
V.....	10
VI.....	12
VII.....	13
VIII.....	15
IX.....	16
X.....	17
XI.....	18
XII.....	19
XIII.....	20
XIV.....	21
XV.....	22
XVI.....	25
XVII.....	26
XVIII.....	27
XIX.....	28
XX.....	29
XXI.....	31
XXII.....	32
ARTICULO SEGUNDO. LOS ÚTILES.....	33
I.....	33
II.....	34
III.....	35
IV.....	37
V.....	38
VI.....	39



VII.....	40
VIII.....	41
IX.....	42
X.....	43
XI.....	43
XII.....	45
XIII.....	49
XIV.....	50
XV.....	52
XVI.....	53
XVII.....	54
XVIII.....	57
LA REDENCIÓN SOCIAL.....	58
I.....	58
II.....	59
III.....	60
IV.....	61
V.....	62
LA MISERIA.....	63
I.....	63
II.....	65
III.....	66
A LAS CLASES TRABAJADORAS.....	69
I.....	69
II.....	70
III.....	71
IV.....	72
V.....	73
VI.....	74
VII.....	75
VIII.....	76
IX.....	78
X.....	79



LOS INÚTILES Y LOS ÚTILES.

ARTÍCULO PRIMERO. LOS INÚTILES.

I.

Toda persona inútil es un parásito que pesa sobre los hombres útiles o productores. Hay varias clases de inútiles. Inútiles naturales, como los niños de corta edad, los ancianos decrepitos, los estropeados y enfermos.

La inutilidad del niño es transitoria; y lo que recibe durante su infancia, puede devolverlo con usura, en el largo período de su virilidad.

El anciano decrepito ha podido ser útil durante la carrera de su vida, la cual Compensa también largamente su inutilidad en el último periodo de su existencia.

El que es inútil por ser deforme, constituye una rara excepción; lo mismo que el inválido y el enfermo.

Que la sociedad prepare al niño para el trabajo, devuelva al anciano parte de lo que de él recibió, sostenga al inválido que se inutilizó en su servicio, al enfermo que debe serle útil cuando recobre la salud, al hombre que tuvo la desgracia de venir deforme a la vida, nada más justo ni más de acuerdo con los principios de la fraternidad y de la humana caridad.

La sociedad que no practica con tales inútiles estos principios, es una sociedad rudimentaria, incompleta, y desviada de la senda de sus destinos.

Pero, hay otros inútiles que no lo son por naturaleza, sino por los vicios que engendra la misma imperfección de la sociedad que los sostiene.

Es inútil y parásito todo aquel que vive sin trabajar; que no devuelve a la sociedad, en servicios personales de cualquier género, lo que de ella recibe.

Son también parásitos, todos los que, ruedas innecesarias de una máquina imperfecta, trabajan con más o menos afán, sin que resulte de sus tareas, provecho alguno a la sociedad.



II.

Para juzgar el número de inútiles, y por lo tanto de fuerza y de riqueza perdidas para el cuerpo social, basta con hacer la comparación de dos sistemas sociales diferentes.

Esta comparación nos dará la medida del grado de perfección a que habrá llegado cada una de las sociedades comparadas.

Tomemos por ejemplo, Francia y los Estados-Unidos de la América del Norte.

En Francia hay un mendigo por cada diez y nueve habitantes: en los Estados-Unidos de la América del Norte, se cuentan tres, por cada mil.

En Francia, una población de 36 millones de habitantes necesita una fuerza pública armada que entre ejército, marina, gendarmería y toda clase de policías públicas y secretas, no baja de setecientos mil hombres, en tanto que en la república de los Estados-Unidos de América, entre toda clase de fuerza pública solo emplean de veinte y seis a veinte y ocho mil hombres, para una población de veinte y seis millones de habitantes.

El gobierno de los Estados-Unidos, nombra para todo el servicio administrativo de la república, tres mil funcionarios públicos: el gobierno del imperio francés, cerca de trescientos mil.

Esto explica el porqué el gobierno francés necesite para los gastos públicos, un presupuesto anual de más de dos mil ochocientos millones de francos, es decir, muy cerca de doce mil millones de reales, en tanto que el presupuesto anual de la república Norte-Americana, no ha pasado nunca de mil millones de reales, debiendo advertirse además que, mientras al jefe supremo del Estado se le considera bien retribuido con cincuenta mil duros al año, y con ser hospedado en un modesto edificio llamado *La Casa*, el jefe del imperio francés tiene asignados cinco millones de duros anuales, además del goce y usufructo de inmensos palacios y posesiones rústicas y urbanas. Verdad es que en cambio los marineros de la escuadra francesa reciben un salario cuyo término medio no excede de seis duros mensuales, mientras que el salario de los marineros de la escuadra de los Estados-Unidos del Norte de América es de quince duros al mes, como término medio.

El número de reos condenados por los tribunales y mantenidos por el Estado, es en Francia, más de cinco veces mayor que en los Estados-Unidos. La misma proporción guardan los jueces, escribanos, alguaciles, procuradores, abogados y demás agentes de justicia.

En Francia, todas las funciones referentes a la justicia son retribuidas con sueldos que paga el gobierno, el cual nombra a los individuos que las ejercen: en los Estados-Unidos, por el



contrario, la mayoría de dichos funcionarios son de elección popular, y sus cargos, honoríficos.

Los sacerdotes de todas las religiones y sectas reconocidas por el Estado, están asalariados en Francia, por el gobierno, en tanto que en la república Norte-Americana, el ejercicio del sacerdocio es considerado como una profesión, como una industria libre. Los sacerdotes son independientes del Estado, y se entienden directamente con los creyentes. El número de sacerdotes es, aproximadamente, diez veces mayor en Francia que en la república de Washington aunque en esta son las sectas más numerosas.



III.

A pesar del considerable número del personal de la administración francesa, la estabilidad del orden público y de sus gobiernos y sistemas políticos no está más seguro que en la república de los Estados-Unidos: por el contrario, mientras en Francia los trastornos y revoluciones son frecuentes y periódicas, en el Norte de América no ha habido una sola revolución, ni trastorno alguno que pueda ni aun remotamente compararse con los que ocurren en Francia tan comúnmente. No hay ejemplo de que nadie haya atentado contra la vida de ninguno de los veintiún presidentes que han alternado hasta ahora en la presidencia de aquella república, mientras que en Francia, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, ha sido mayor el número de regicidios y conatos de regicidio, que el de reyes y emperadores.

Las consideraciones que preceden, demuestran que la conservación de la paz y del orden público, no están en razón de los medios de reprimir el desorden, de que disponen los gobiernos de dichas naciones; observación todavía mucho más exacta, si se repara que en Francia está el pueblo desarmado; que la pólvora, los fusiles y toda clase de armas son monopolio del gobierno o están bajo su más estrecha vigilancia y que en los Estados-Unidos hay DOS MILLONES de milicianos nacionales, y la fabricación de pólvora, fusiles, cañones y toda clase de armas y pertrechos de guerra es completamente libre, lo mismo que su uso. En los Estados-Unidos no hay armas prohibidas.



IV.

Y no son estas solas, las diferencias que existen en confirmación de nuestra tesis, entre el flamante imperio de Europa, y la moderna república de América. El orden es en Francia inseguro e inestables los gobiernos, a pesar de que disponen, no solo de los medios de represión anteriormente enunciados, sino de las leyes coercitivas, más violentas.

La prensa tiene una mordaza puesta por la ley.

La tribuna parlamentaria tiene otra, puesto que las sesiones son secretas, y está prohibida la impresión de los discursos.

Las reuniones y asociaciones políticas están proscritas.

Por la ley de los estados de sitio, los ciudadanos son juzgados por las comisiones militares y con la bárbara ley de la ordenanza militar, sobre todo cuando se aplica a los paisanos.

Una ley de sospechosos autoriza al poder, para deportar a cualquier ciudadano, sin formación de causa.

El imperio es, en una palabra, la realización más completa del militarismo, de la centralización administrativa, del privilegio, del monopolio industrial y comercial, de la autocracia política o gubernamental.



V.

En los Estados-Unidos el gobierno está completamente desarmado; más que un poder material, es la suya una autoridad moral.

La prensa es no solamente libre; sino impune. La palabra escrita no puede cometer delito, y está garantida por un artículo de la Constitución federal que dice:

Se prohíbe legislar sobre imprenta.

La tribuna es libre, y su voz resuena por los ámbitos del mundo: y lo es tanto más, cuanto que, careciendo el gobierno de medios de coacción sobre los electores, no puede impedir que suban a ella sus adversarios.

El derecho de reunión no tiene límites.

Para comprender la omnipotencia del principio de asociación en aquel país, basta saber que hay allí, asociaciones que tienen por objeto, la disolución de la república: asociaciones legales, que no alarman, sin embargo, a nadie, porque por muy querida que les sea la república creada y sostenida por su espontánea voluntad, es todavía más respetable para los Norteamericanos, su libertad individual, la voluntad de los ciudadanos, de la cual todo emana; nación, leyes y poderes públicos.

En los Estados-Unidos de América, no saben lo que es una ley de estados de sitio. Nunca han estado mandados por autoridades militares, ni conciben que la sociedad civil pueda ser sometida a la ordenanza militar. Y llega en esto, a tanto su escrupulosidad, que ni siquiera permiten a los militares el uso de su espada y uniforme, sino cuando están al frente de sus soldados, en actos de servicio. Cuando los oficiales de la escuadra saltan en tierra, dejan a bordo las charreteras y la espada. En los casos en que es necesario hacer uso de la fuerza pública, los jefes militares se ponen siempre a las órdenes de la autoridad civil.

Lejos de conocerse en los Estados-Unidos, la ley de sospechosos y las persecuciones gubernativas, está perfectamente garantida la seguridad individual. Los jueces son o inamovibles, o de elección popular; y solo después de haber recaído una sentencia suya, puede prenderse a los delincuentes, lo cual se ejecuta generalmente por la policía de los ayuntamientos de elección popular, en el caso de que el reo haga resistencia; desacato a la autoridad que es, no obstante tales medios, más raro que entre nosotros.

La gran confederación de los Estados-Unidos de la América del Norte, a pesar del negro borrón de la esclavitud, y de otras imperfecciones que manchan algunos de sus más bellos



Estados, es la encarnación más amplia y más poderosa que de la idea democrática ha realizado la humanidad.



VI.

Creemos que sin necesidad de más demostración, de acumular más pruebas, lo que por otra parte nos sería muy fácil, hemos demostrado suficientemente la gran superioridad de la sociedad Norte- Americana, respecto a la francesa: superioridad que se revela a la inteligencia menos observadora, considerando que en la república Americana se consiguen resultados de estabilidad, de orden y de paz, con un personal político, militar y administrativo insignificante y con la más amplia libertad política y civil; resultados que en la sociedad francesa no son bastantes a obtener, un inmenso personal perfectamente organizado y las terribles leyes coercitivas, arriba mencionadas.

Si, pues, con el sistema Norte-Americano se alcanzan tan satisfactorios resultados, con la centésima parte del personal que necesita el sistema francés, y sin que esta pueda lograr los beneficios que aquel, es evidente que los centenares de miles de funcionarios públicos que exceden en Francia a los que emplea la república americana, son otros tantos inútiles, parásitos, improductivos, que malgastan sus facultades en funciones que si bien son necesarias al sistema de que dependen, son contrarias a la sociedad, la cual lejos de sacar de ellas fruto alguno, se ve privada de las riquezas que con otro sistema menos imperfecto producirían tan considerable número de hombres, en tanto que ahora tiene ella que sacrificarse para mantenerlos.



VII.

Sirvan de ejemplo, para probar esta verdad, los resultados sociales y económicos de ambos sistemas.

Mientras la población se mantiene en Francia estacionaria hace treinta años, en los Estados-Unidos se desarrolla con una rapidez sin ejemplo en la historia de las naciones y colonias antiguas y modernas.

Desde el año 1830 que la población no pasa en Francia de treinta y cinco millones poco más o menos, mientras que en los Estados-Unidos se ha elevado en sesenta años, de tres, a veintiséis millones de habitantes.

La marina mercante de los Estados-Unidos es la primera del mundo, cuando la francesa ocupa el tercero o cuarto lugar.

Un marino, amigo nuestro dice, y con razón, que los Norte-Americanos son los arrieros del mundo.

En los Estados-Unidos no hay pueblo sin biblioteca pública, reuniendo entre todas, que son diez mil, dos millones de volúmenes, con lo cual se prueba que en aquel afortunado país está la instrucción infinitamente más generalizada y extendida que en Francia, donde como todo, se concentra en París y en todas las grandes capitales de las provincias o departamentos.

En la república Norte-Americana se publican cuatro mil periódicos, número no solamente mayor que el de los que ven la luz pública en Francia; sino que excede al de los que se publican en todas las naciones de Europa reunidas, de lo cual resulta que necesitan y que disfrutan de mayor cantidad de lectura cotidiana, los veinte y seis millones de habitantes de aquella república, que los doscientos millones de moradores de la vieja Europa.

Este solo hecho bastaría a falta de otros, para probar las inmensas ventajas del sistema Norte-Americano.

Sus líneas de caminos de hierro y de telégrafos eléctricos, tienen cuando menos, una extensión diez o doce veces mayor que las líneas francesas.

Las máquinas de vapor que se emplean en los Estados-Unidos, en las operaciones de la industria, representan una fuerza mucho mayor que la empleada para servir a la industria francesa. Pero no es solo en la industria fabril; en la agricultura emplean también los Norte-Americanos sus máquinas de vapor en una escala muy grande; y solo así se concibe que después de vivir con una abundancia, con un bienestar material con el cual no puede sufrir comparación el de ninguna nación de Europa, pueda exportar tan gran cantidad de productos



sobrantes, a precios bastante médicos para sostener la concurrencia con ventaja manifiesta contra todos los grandes centros productores del mundo.



VIII.

La casi totalidad de las naciones de Europa, cuyos sistemas se asemejan más al francés que al Norte-Americano, sufren, mal que les pese, las consecuencias de su error. Los inútiles, los parásitos se multiplican en Europa, cada día y como de un mal nace siempre otro mayor, la opresión por una parte, el embrutecimiento y la miseria por otra, son los resultados inevitables.

No se crea que a pesar de las considerables ventajas que lleva la sociedad norte-americana a la francesa, con la cual acabamos de compararla, que tengamos aquella por perfecta; no. En la sociedad norte-americana si no existe el parasitismo y sus tristes consecuencias, dentro de la esfera administrativa y gubernamental, en las mismas gigantescas proporciones que en Francia y en la mayoría de las naciones europeas, se manifiesta también en los otros elementos de la Organización social, impregnados todavía, como en la vieja Europa, del principio anti-económico de la división, del fraccionamiento, origen fundamental de la inutilidad e parasitismo de los hombres aptos y deseosos de trabajar.

Del mismo modo que la centralización absorbente del sistema francés, produce en tan grande escala, el parasitismo en la esfera administrativa, en el campo del trabajo, o sea en la producción y en el consumo, lo produce el fraccionamiento de la sociedad contemporánea, en una escala no menor.



IX.

Donde un régimen social más perfecto, basado en el principio de la Asociación, fuente de toda economía, emplearía una cocina para dar de comer bien y barato a quinientas familias, el régimen incoherente de la civilización actual necesita quinientas cocinas para dar de comer a cada familia por separado, caro y mal, empleando por consecuencia quinientas rutinarias cocineras, cuando por la Asociación bastarían diez personas inteligentes para dar el resultado más satisfactorio.

De este modo el imperfecto sistema actual desperdicia el noventa y ocho por ciento del personal, solo en esta rama de la industria, resultando que ante la razón y la lógica, que no admiten réplica, pueden ser calificadas de inútiles cuatrocientas noventa, de cada quinientas personas consagradas a condimentar aisladamente los alimentos de las familias.

La consecuencia forzosa de este fraccionamiento de las familias, para producir y consumir, es la necesidad de la venta al por menor, que la práctica del principio de Asociación aplicada al consumo, haría innecesaria, economizando las considerables cantidades que aumentan el precio de los productos, por las muchas manos por que las hace pasar, antes de llegar al que debe consumirlos; por el empleo de un personal que nunca basta por más que se multiplique y por la pérdida de un tiempo precioso, por parte de los compradores.



X.

Hace algunos años, existe en Grenoble (capital de provincia, en Francia) una sociedad que tiene por objeto, comprar y condimentar en común, los alimentos, y si mal no recordamos, se titula, *Sociedad alimenticia de Grenoble*. Hace poco más de cuatro años, pasaban de mil los socios y obtenían sobre el sistema de aislamiento o de división por familias, además del ahorro del tiempo, un veinticinco por ciento de economía; un veinte por ciento de aumento en la cantidad; mayor perfección en el condimento, y una variedad de platos a que de todo punto les era imposible aspirar, fuera de la asociación. Los socios pueden, a su voluntad, comer en la fonda o hacerse llevar la comida a casa.

Las condiciones de división y subdivisión que impone el fraccionamiento social, al comercio, producen un número mucho mayor de improductivos parásitos, que los que engendran el sistema de la centralización política y administrativa.

Si hubiéramos de seguir en todos sus desarrollos el sistema del fraccionamiento, bosquejando el parasitismo que por doquiera produce, multiplicando (unciones inútiles, tareas improductivas, tendríamos que escribir no un artículo, sino un libro.

Tal es el vicio radical de los períodos sociales, bárbaro y civilizado; vicio que debe considerarse como el origen de la anarquía industrial; de la falsedad del comercio; de la opresión y de la miseria de los trabajadores; de que no puedan equilibrarse, la producción y el consumo; de la falsificación de las sustancias alimenticias y en general de todas las producciones de la industria.



XI.

Quizás, y sin quizás, se pretenda que tal sistema ataque por su base la constitución de la familia; pero, lejos de eso, la Asociación aplicada a las necesidades domésticas, en lugar de ser un adversario, es un poderoso auxiliar de la familia. Por una parte, acrecienta sus recursos, por la disminución de sus gastos; por otra mejora sus alimentos, y aumenta además el tiempo disponible, para tareas más útiles y agradables, que la compra al por menor y el condimento de la comida.

Lejos de perjudicar a la familia, esta transformación serviría para aumentar el número de los matrimonios, sobre todo en las clases trabajadoras: pues libre la mujer de tan penosa carga, podría consagrarse a un trabajo más productivo.

Una reforma engendra siempre una serie de ellas: el bien siempre trae el bien: y no dudamos que si el estado de ilustración de la sociedad actual, fuera bastante para llevar a cabo la Asociación de que nos venimos ocupando, la sociedad se transformaría completamente, pasando por este medio, del actual período social, a otro muy superior en que parásitos e inútiles que tanto pululan en el día, desaparecerían por completo.



XII.

Para poderse formar una idea, siquiera sea imperfecta; de la abundancia, de la considerable riqueza que la introducción de tal costumbre llevará consigo, basta con saberse que hoy solo trabajan en la producción verdadera, una persona de cada cinco. Ahora bien: si el trabajo de uno basta para alimentar a cinco, a pesar de que el trabajador, en la mayoría de los casos, ejecuta su faena tan de mala gana como no puede menos de suceder, cuando se trabaja para otro; cuando se está mal alimentado; cuando la miseria es el único porvenir del productor; cuando solo debe ser retribuido con la quinta parte de lo que produce, ¿cuán extraordinaria no será la riqueza individual y social, cuando se ocupen, en trabajos verdaderamente útiles y reproductivos; cuando cada uno pueda disponer del producto total de su faena?

¿No es cierto que parece como que la imaginación no basta para comprender, para abarcar los prodigiosos resultados que obtendrá la sociedad, de tal transformación? La idea de imposible, de utopía, se ocurre inmediatamente, y sin embargo está en la ley del progreso el que se realice; el que la humanidad, que ha sabido pasar de la choza del salvaje a los palacios de la civilización; que empezó por machacar el trigo entre dos piedras, a fuerza de puños, llegando ya en nuestros días a construir máquinas para todas las industrias, máquinas que en Inglaterra solamente, hacen el trabajo de ciento cuarenta millones de hombres; que después de encontrarse desnuda sobre la tierra, ha llegado a asimilárselos, empleándolos en su alimento, vestido, habitación y recreo; cuantos elementos la rodean, no se detenga en su camino y siga perfeccionando sus costumbres, sus leyes e instituciones, hasta poner su conducta individual y colectiva de acuerdo con su conciencia, con la razón y con las leyes económicas, produciendo al fin un sistema social natural, en armonía con las leyes que rigen el universo, y cuyos principios fundamentales son la variedad en la unidad, la economía de resortes, y la solidaridad de acción entre los elementos que lo componen.

La inutilidad, el parasitismo de los individuos no les puede ser generalmente imputado; no está en ellos, está en la sociedad, la causa de su inutilidad.

En la sociedad semi-bárbara de nuestros padres, los tipos más característicos del inútil y del parásito se llamaban, señor feudal, inquisidor y fraile y mayorazgo: hoy se llaman jugador de bolsa, editor responsable de toda clase de periódicos, y como antes hemos demostrado, agente comercial, mercader al por menor, policía secreta, y otras muchas cosas que sería prolijo enumerar; enumeración que dejamos por completo, aunque por ahora, a la prudente consideración del curioso lector.



XIII.

Además de las dos clases de parásitos, de inútiles que podríamos llamar legales, y de que hemos hecho mención al principio de este artículo, hay otra que debe ser calificada de subversiva, y que se compone de los que se rebelan contra las leyes, prefiriendo ponerse en pugna, en lucha más o menos abierta contra la sociedad, mejor que someterse a sus instituciones y costumbres.

Esta clase de inútiles, de parásitos, no es solo improductiva; es además destructora. Y adviértase que sus dilapidaciones, lo que dejan de producir, lo que consumen y destruyen, no vale, ni con mucho, tanto como lo que cuesta a la sociedad el precaverse contra sus ataques. El ladrón no cuesta solo a la sociedad lo que le arrebató por la violencia o por la astucia, no: al producto de sus rapiñas es preciso añadir lo que cuestan las cárceles y presidios, y desde el juez al verdugo, todo el innumerable personal consagrado a su persecución y castigo.

Verdad es que la sociedad, que se acomoda perfectamente con la existencia de los inútiles anteriormente mencionados, creyéndolos útiles, necesarios a su conservación en unos casos, o irremediable en otros su inutilidad, protesta contra la existencia de la tercera categoría, empleando cuantos medios están a su alcance para librarse de ella. Sin embargo sus esfuerzos son estériles, produciendo, casi siempre, efectos contrarios a los que se propone.



XIV.

Hablando de Bicetre, famoso hospital y cárcel de París, el célebre marqués de Mirabeau decía:

«Yo, como todo el mundo, sabía que Bicetre era a la vez un hospital y una prisión; pero ignoraba que el hospital tuviese por objeto engendrar las enfermedades, y crímenes la prisión.»

.....

«Está todo tan bien dispuesto en esta casa para transformar un raterillo principiante en consumado ladrón, que, si no supiésemos por pruebas particulares las buenas intenciones del gobierno, podría decirse que al fundarla ha querido formar un seminario de ladrones, para no verse obligado a licenciar la policía por inútil, y para dar ocupación a los jueces.»

Lo que decía de Bicetre el elocuente tribuno de la primera república francesa, en tesis general, es aplicable ¿Has prisiones y presidios, a las cárceles y galeras de todos los países.

Nosotros que hemos tenido el honor a la par que la desgracia de conocer más de una cárcel de España, no vacilamos en afirmar que lo que decía el marqués de Mirabeau, de Bicetre, puede tal vez decirse con más razón de nuestras prisiones. Acaso algún día daremos las pruebas irrecusables de esta opinión, ya que no son propias del objeto que nos hemos propuesto llenar al escribir estos mal trazados artículos.



XV.

Dentro de las condiciones de la sociedad actual, parece como que el más simple buen sentido indica tres medios para llegar a librarse de la terrible plaga del parasitismo subversivo: de los malhechores.

Es el primero, prevenir el crimen.

El segundo, emplear en trabajos útiles a los condenados.

El tercero, disponerlos durante su cautiverio por un régimen especial, para su rehabilitación y vuelta a la senda de la virtud que abandonaron.

El primero supone la reforma radical de la sociedad, por el establecimiento de instituciones más humanitarias y justas, que facilitando el aumento del trabajo y una equitativa distribución de sus productos, generalice el bienestar en las clases pobres, que contribuyen con un 99 por ciento al tremendo contingente que puebla cárceles y presidios, y extienda la instrucción a la inmensa mayoría que hoy se ve privada de ella.

No es individualmente como ha de buscarse el remedio contra el parasitismo subversivo, como han pretendido hacerlo cuantos creyendo inmutable la sociedad en sus leyes y costumbres, han buscado en los sermones y en el verdugo el antídoto contra el crimen, sin que por esto se crea pretendamos que la sociedad deba desarmarse, abandonando al individuo la tarea de su propia defensa; pero preciso es convenir en que el remedio más eficaz contra los males que deploramos está en la mejora, en la reforma, en la perfección de las instituciones sociales y no en la mayor o menor severidad de las penas impuestas por las leyes a los delincuentes.

El segundo medio que consiste en ocupar útilmente a los que merecieron, como miembros corrompidos, ser separados del cuerpo social, no puede ser eficaz ni aplicable sino realizando los remedios indicados en las líneas que preceden. Y en efecto, para comprender que no puede ser de otro modo, nos basta con observar que es tal la miseria y la abyección de una considerable parte de los miembros de la actual sociedad, que la suerte del preso y del presidiario la consideraría digna de envidia, por poco que un régimen penitenciario, fundado en el trabajo reproductivo y en la moralización de los presos, viniese a mejorar su condición.

Nunca olvidaremos haber visto en el presidio modelo de Valencia, cuando era su director el inteligente señor Montesinos, presidiarios a quienes pesaba salir del presidio al cumplir sus condenas, por ser allí su suerte mucho mejor de lo que esperaban al volver al seno de la sociedad.



¿Cómo pues pudiera considerarse como castigo lo que en realidad no sería más que una mejora para el criminal?

Mientras la miseria y el embrutecimiento sean el triste patrimonio de las clases trabajadoras, mientras la instrucción no eleve el espíritu y purifique la conciencia de esa multitud de desdichados seres que viven sumidos en la mayor degradación ¿qué influencia ha de ejercer sobre tales infelices la animadversión pública, la repugnancia que inspira el crimen a la sociedad y que basta para apartar de él a aquellos que, gracias a la educación, sienten sus efectos en el fondo de su alma, mortificándoles con roedores remordimientos que pueden considerarse como el más eficaz de los castigos?

Aquellos que no estén separados del crimen más que por el temor a las penas corporales, no están muy lejos de cometerlo, por poca que la ignorancia y la miseria los estimulen. El más sencillo razonamiento les hace ver que no será mayor su degradación y su miseria, ni el desprecio que inspirar puedan a la sociedad, en la cárcel que fuera de ella.

He aquí por qué el verdadero remedio no está en lo aflictivo y riguroso de las penas, ni tampoco en mejorar por un buen sistema penitenciario, como pretenden los filántropos, la suerte y la instrucción de los condenados, sino después de haber generalizado entre las clases trabajadoras el bienestar material y la instrucción, abriéndoles un porvenir de dignidad y de ventura, dentro de la esfera del trabajo, que reanime su esperanza, lo que será más eficaz para elevar su moral a la más sublime pureza, que las inútiles predicaciones que difícilmente pueden comprender, y que las terribles amenazas con que las leyes procuran retenerlos en la esfera del deber.

Si esta aseveración necesitase pruebas, creemos será suficiente el saber que las nueve décimas partes de las condenas que imponen los tribunales, son por atentados contra la propiedad; y que el 99 por 100 de los condenados a presidio, no saben leer y escribir¹.

Estos hechos son bastante concluyentes y demuestran la enorme influencia que la miseria y la ignorancia ejercen en el aumento o disminución de la criminalidad.

¹ No hace muchos años que en el presidio de Cartagena costó trabajo encontrar entre mil quinientos condenados, diez que pudiesen servir de escribientes del Establecimiento; debiendo advertir que bastaba fuese mediano copista, para ser considerado útil para aquel cargo, y que no es de presumir hubiera ninguno que tuviese interés en no aceptar aquellas plazas, supuesto que los que las ocupan, son mirados con cierta deferencia, además de quedar libres del hierro, de los trabajos mecánicos de cocina, limpieza, etc., etc., y de los públicos que se hacen fuera del presidio.



Hemos dicho que el tercer medio que podría emplear hoy la sociedad, es el de disponerlos durante su cautiverio, por un régimen especial, para su rehabilitación y vuelta a la senda de la virtud que abandonaron.

La oportunidad de este medio es incuestionable: después de prevenir el crimen, las deducciones de la lógica indican que la segunda misión de la justicia debe ser corregir al criminal. De otro modo más parecería venganza que justicia; idea indigna que, si pudo servir de base a los códigos de la pagana Roma, debería borrarse de las leyes que rigen a los pueblos que aspiran a merecer el honrosísimo título de cristianos.

La venganza que está prohibida por la moral al individuo, no puede constituir un derecho para la colectividad.

La sociedad debe obligar al delincuente a resarcir el daño causado, corrigiéndole además; poniendo en sus manos los medios de purificar su alma extraviada y de rehabilitarse ante el mundo que ultrajara.



XVI.

Pero lo que hemos dicho del segundo medio es perfectamente aplicable al tercero.

Sin duda que sería un bien para el criminal, el que la sociedad, partiendo de los principios que acabamos de exponer, le moralizase disponiéndole para volver rehabilitado a su seno; ¿pero podría por solo este medio, destruir y ni aun disminuir el número de crímenes? Si ahora para el gran número de desgraciados embrutecidos por la miseria que van a poblar las cárceles y presidios, ni aun la idea de la pena corporal ejerce sobre ellos suficiente influencia para apartarlos del funesto camino de su perdición, ¿quién les detendría en él, cuando supieran que en lugar de las duras condiciones a que hoy viven sujetos en tales establecimientos, y del cómitre que les apalea, hubieran de encontrar allí un padre cuidadoso y solícito, más ocupado en regenerarlos, que en aumentar su odio a la sociedad con terribles castigos y crueles sufrimientos, al mismo tiempo que un bienestar material y una existencia muy superiores a las que tienen y, puedan prometerse dentro de la sociedad en que vegetan? Seguramente que no y lejos de disminuir los crímenes aumentarían.

¿No salta a la vista la improcedencia de tal reforma, el anacronismo de que un régimen social dentro del cual no puede asegurarse trabajo ni instrucción suficiente a todos sus miembros inocentes y honrados, se concedieran ambos beneficios, que hasta cierto punto podrían considerarse como una recompensa más que como un castigo, a los criminales que la ofendieron, violando sus leyes? ¿No resultaría de hechos tan contradictorios el que lejos de ser miradas con horror las consecuencias que traería el crimen para sus perpetradores, se encontrase en ellas, por el contrario, un nuevo aliciente para cometerlo?

No es pues la perfección del sistema penal penitenciario, lo primero que debe emprenderse para combatir con fruto el parasitismo subversivo de los criminales. Creemos haber demostrado la inutilidad de tal reforma, si no la precede la mejora, la transformación del actual régimen social, que lejos de tener medios suficientes para elevar la suerte de las clases trabajadoras, a las condiciones de ilustración y de bienestar a que son acreedoras, no puede menos de producir en gran escala, mayor cada día, el parasitismo subversivo, con todas sus fatales consecuencias, a pesar de los infinitos medios de represión de que dispone y que sin cesar aumenta y perfecciona, con insólito afán.



XVII.

En mayor o menor escala existirá el parasitismo en sus diversas manifestaciones, mientras no se modifique el sistema social de los pueblos civilizados; pero creemos necesario volverlo a repetir: la inutilidad, el parasitismo de los parásitos legales, o no subversivos, no son culpa suya. Cuanto más imperfecta es la sociedad, más necesidad tiene de comprimir, de modificar, de deformar al hombre, moral y físicamente, para poder hacer de él un instrumento, y de este modo, el hombre se ve forzado hasta cierto punto, a acomodarse a las exigencias de la sociedad en que vive por rudimentaria o por injusta que sea.

Desde la sacerdotisa, al verdugo; desde el monje, al soldado, todas las profesiones que no son conformes a la naturaleza humana, necesarias al cumplimiento de sus destinos, satisfacción de sus vocaciones nativas, no son otra cosa que los moldes más o menos caprichosos, arbitrarios o imperfectos, en que cada régimen social acomoda, lo menos mal que puede, a las criaturas humanas. Pero como el mal engendra el mal, y el sufrimiento del mayor número es in consecuencia, la protesta de todos es por último inevitable; la crítica de la sociedad es su primera manifestación; y la reforma o modificación social, su resultado forzoso.



XVIII.

No se crea que por esto suponemos consista la imperfección de la sociedad en obligar por la fuerza a los individuos a faltar a sus vocaciones naturales, imponiéndoles materialmente las carreras o profesiones de las cuales resulta su parasitismo; basta para ello, con que no pudiendo ofrecer a cada individuo el ejercicio de sus vocaciones, estos no puedan menos de ocupar las posiciones, de desempeñar las tareas, para cuya ejecución presenta más facilidades, el medio social en que forzosamente han de desarrollarse; de modo, que es indirectamente, como la sociedad les impone el papel que representan en el drama de la vida; papeles, que no pudiendo repartirse con arreglo a las facultades de los actores, se asaltan y se toma posesión de ellos, según la fortuna, el nacimiento o la audacia de cada uno.

De este modo el dolor, revelación que nos demuestra nuestro desvío del destino que nos esté asignado, es el aguijón que nos impulsa a buscar el remedio; a volver a la senda perdida. Tal es la ley del progreso, a cuyo impulso vemos a la humanidad desarrollarse sobre la tierra, y formar sociedades, cada día menos imperfectas. Y así como la falta de satisfacción de nuestras necesidades nos irrita y produce la protesta primero, y la reforma después, del mismo modo, las necesidades satisfechas engendran nuevos deseos y aspiraciones nuevas que concluyen por producir, aunque por distinto camino, el mismo resultado que la compresión: es decir; el progreso, ley natural de todos los seres.



XIX.

Y si una ilación, un órgano embrional de la humanidad se desvía hasta tal punto de su destino, que el mal ya no la irrita ni aviva su deseo de buscar el camino de la salvación, el progreso regenerador, sino que por el contrario languidece, se paraliza y aniquila agobiada bajo su hálito enervante, hasta el punto de corromperse, por la estancación, de embrutecerse por la falta de movimiento, no por eso deja de cumplirse la ley del progreso. Si en Oriente retrocede, tomará nuevo vuelo en Occidente: si en América carece de energía y de actividad, las ardientes razas de la Europa cristiana irán a ocupar el puesto de los Araucanos y de los Pieles Rojas, y marchando sobre el Asia paralítica por el Pacífico como por el Mediterráneo, concluirán por inocular en los pueblos adormecidos del antiguo Oriente, la llama ardiente, vivificante y regeneradora que las anima.

De este modo se prepara por la fusión de las razas, el advenimiento de la UNIDAD de la especie humana, predicho por todas las revelaciones religiosas, y soñado por los utopistas y filósofos antiguos y modernos, trabajo en que han consumido sus fuerzas y agotado la luz de su inteligencia tantas razas poderosas, y tantos genios creadores, y que sobre todo desde el último siglo se ejecuta en tan gran escala, por medios tan diversos y formas tan distintas a un mismo tiempo, que ya la idea pasando del campo de las especulaciones filosóficas y de los cálculos de los grandes políticos, a la ancha esfera de las vulgares inteligencias, aparece realizable aun a los espíritus más escépticos y desconfiados.



XX.

Las regiones más desconocidas y apartadas de los grandes centros de la civilización, se pueblan rápidamente y reciben sus luces. California, la Oceanía, la Australia ofrecen sus tesoros a la codicia europea, o universal por mejor decir, y en sus apartadas riberas se dan, cita todas las razas, para formar nuevas sociedades, acudiendo presurosos desde el flemático alemán hasta el francés ligero, desde el industrioso suizo hasta el artista italiano: y la China, que hasta ahora había permanecido indiferente a cuanto pasaba fuera de sus murallas, envía también sus numerosas legiones de pacíficos y pacientes trabajadores, levantando por primera vez, fuera del Celeste Imperio, sus pintorescas pagodas, bajo el ardiente sol de la América del Sur, fraternalmente mezcladas entre los templos de los judíos y de los cristianos que pueblan aquellas regiones.

Mientras los chinos abandonan su sistema de aislamiento y corren por millares a buscar trabajo en los grandes centros de la producción americana, los europeos salvan audazmente la impenetrabilidad en que se encerraba el Imperio Chino, y concluirán por abrir sus inmensas regiones, donde jamás penetró la civilización occidental, al comercio de los pueblos cultos de Europa y América. Y para facilitar el viaje, hasta ahora peligroso y largo, desde el Atlántico y el Mediterráneo, hasta los mares de la India y el Pacífico, el genio audaz de los pueblos del Mediodía de Europa, tomando la iniciativa y asociando la Europa entera a obra tan humanitaria, emprende por una parte, la abertura del istmo de Suez, y se prepara por otra a abrir el de Panamá, gigantescas empresas cuya realización hubiera parecido un delirio en otras épocas en que los más grandes reyes y potentados, ni aun hubieran sido capaces de concebirlas, ni mucho menos de realizarlas, y que no obstante en este siglo serán sin duda llevadas a cabo por asociaciones voluntarias compuestas de meros particulares.

Gracias a ellas, el hombre podrá dar la vuelta a la tierra en algunas semanas, conducido por barcos colosales que trasportarán pueblos enteros en cada viaje, con la rapidez más extraordinaria y con una baratura proporcionada a la velocidad de su marcha, facilitando en tales proporciones la mezcla de las razas, la difusión de las luces, la cultura y adelantos de la civilización, el cambio de las producciones de todos los países, que la abundancia y el bienestar y la ilustración de todos los humanos, no podrán menos de ser su consecuencia inmediata.

Mientras tanto los telégrafos eléctricos que están hoy extendiéndose por toda la superficie de la tierra, realizarán en pocos años el prodigio de la desaparición de las distancias, acortadas



ya considerablemente por los ferrocarriles, aumentando y facilitando las relaciones y transacciones de todos géneros desde uno a otro extremo del mundo, en proporciones verdaderamente incalculables.

Cada uno de estos adelantos, que ensancha la esfera de acción de individuos y de pueblos, es una nueva garantía contra la inutilidad y parasitismo destructores, que el estancamiento, la rutina, las preocupaciones hijas de la ignorancia y la miseria engendran y mantienen.

Quizás la lucha intestina que devora entre sí a las sociedades cristianas, lucha alimentada por la imperfección de sus sistemas políticos y económicos como antes hemos indicado, sistemas que producen en escala tan vasta, la inutilidad y el parasitismo, será absorbida por el desarrollo exterior de la sociedad, por su lucha con la barbarie, por la posesión de nuevos y apartados territorios, abiertos a la insaciable actividad de la industria, y la abundancia y el bienestar de los trabajadores facilitarán la transformación de la sociedad, de la que resultará la extinción del parasitismo.



XXI.

Los hechos no son otra cosa que la realización de las ideas anteriormente concebidas.

Donde las ideas germinan y progresan, los hechos se modifican a su impulso, y la sociedad se transforma, siquiera no tenga siempre conciencia de las evoluciones que ejecuta, desenvolviéndose en el tiempo, tomando posesión del espacio. Por eso es fatal, por eso no puede dejar de cumplirse la ley del progreso por la humanidad, aunque dejen de cumplirla algunos de sus individuos y de los pueblos o asociaciones formadas por ellos. Solo así puede concebirse la idea de la libertad y por tanto de la responsabilidad humanas; funcionando dentro del fatalismo de la ley que rige los destinos de la especie. Solo así puede también explicarse la justicia de la Providencia, la ley moral del castigo y de la recompensa que cada uno se hace acreedor, y que es fatal e irremediable.

Los que se someten pasivamente a la imperfección, o lo que es lo mismo, al mal que les rodea, sufriendolo y esparciéndolo en torno suyo, descienden, se rebajan, lo mismo en la esfera moral que en la intelectual, se degradan, se corrompen y embrutecen, llevando en el delito la penitencia del mal uso de su libertad de conformarse con el mal; de no rebelarse contra la injusticia; de no consagrar sus facultades a buscar el remedio.

¡Triste cosa es la ignorancia; pero no hay más ignorancia verdadera que la que no se avergüenza de sí misma! ¡Lamentable es la esclavitud; pero solo la conformidad del esclavo con su cadena, es digna de desprecio!

¡Honor, gloria al ignorante que procura apartar las tinieblas que rodean su entendimiento buscando la luz de la verdad y de la ciencia!

¡Honor, gloria al esclavo que lucha por hacerse digno de la libertad! Ellos son los instrumentos más activos de la ley del progreso; ellos son el alma y el brazo de la humanidad; y en la satisfacción de sus conciencias, y en la purificación y elevación de sus almas, encuentran la más inmediata recompensa del noble uso que hicieron de su libre albedrío.

Las sociedades a su impulso perfeccionadas, constituyen los grandes pueblos cuyos hechos llenan las páginas de la historia, y en su seno se condensan, germinan y se producen los elementos morales y materiales de nuevas sociedades más amplias, más adecuadas al completo desenvolvimiento y perfección de los individuos que las componen.



XXII.

Considerada la historia, bajo este punto de vista, elevado y verdaderamente filosófico, nos ofrece una brújula, un criterio infalible, para juzgar a los individuos y a las naciones, así como las instituciones y las teorías dominantes en las diversas épocas y períodos sociales; para poder apreciar equitativamente las causas fundamentales de su decadencia y de su prosperidad, y también para poder predecir, con exactitud la suerte, que el porvenir reservar en sus profundos arcanos, a las variadas, incoherentes y contrapuestas sociedades contemporáneas.

Nosotros abrigamos la creencia de que a pesar de su Imperfección, de sus errores y deplorables extravíos, los pueblos civilizados de Europa y América no están condenados a la destrucción como tantas otras naciones civilizadas de la antigüedad, cuyas ruinas parecen ser un triste presagio de la suerte que aguarda a las sociedades modernas, cuyas razas desaparecieron después de haber asombrado al mundo con sus hechos y escandalizado a la historia con sus luchas intestinas y sus aberraciones morales y religiosas; lejos de esto, estamos persuadidos de que encierran en su seno los gérmenes necesarios a su renovación, de que son órganos elementales de organismos sociales superiores, destinados a producir sociedades tan vastas y complicadas, por sus elementos de riqueza y de cultura, al mismo tiempo que por su sencillo mecanismo administrativo, que en ellas se convertirán en productores activos y útiles, los millones de parásitos que hoy viven a sus expensas.

Hacer sentir el mal, desvanecer las preocupaciones que hacen se conformen con él y lo crean irremediable los que los sufren, es solo el objeto de estas mal trazadas líneas.



ARTICULO SEGUNDO. LOS ÚTILES.

I.

Hemos bosquejado ligeramente en el capítulo anterior, las causas de la inutilidad, y parasitismo de muchos miembros de la sociedad: y en este artículo nos proponemos, siquiera sea tan brevemente como en el anterior, hacer la clasificación de los hombres útiles, tarea mucho más agradable y no menos necesaria que aquella.

Por más variadas e importantes que sean las funciones que determinen la utilidad de los individuos, no por ello deja de ser fácil su clasificación.

Los útiles pueden ser divididos en dos categorías principales: una la de todos aquellos cuyo trabajo aprovecha solo a uno o varios individuos; y otra compuesta de los que hacen, trabajos necesarios y que aprovechan a la humanidad entera durante una o muchas generaciones.

Los de la primera clase forman la mayoría entre los productores: sin embargo me llegan a componer la quinta parte del total de la población: y los de la segunda, son excepciones rarísimas, y, a pesar de esto, la sociedad no tiene más recursos para subsistir, que los creados por ellos, vive siquiera sea pobremente. Y como por su naturaleza todos los miembros del cuerpo social son aptos para producir, puede calcularse cuán inmensa sería la riqueza social y cuán considerable la parte de cada cual, si las cuatro quintas partes que viven como parásitos a expensas de la otra quinta, pudiesen como esta dedicarse a la producción verdaderamente útil.



II.

Por un anacronismo que bastaría para condenar a la sociedad en cuyo seno se verifica la recompensa del trabajo está en razón inversa de su utilidad, siendo menor, cuanto más necesario es a la sociedad el trabajo ejecutado.

Dividiendo el trabajo en las tres clases comúnmente aceptadas, necesario, útil y agradable, veremos al que produce, cultivando el campo, *el pan nuestro de cada día*, que es generalmente considerado como el representante más legítimo del trabajo necesario, ganar cuatro reales de jornal, mientras el ebanista por ejemplo, que puede considerarse representante del trabajo útil, gana catorce, y el cantante o bailarín de teatro, expresión la más perfecta del trabajo puramente agradable ganan en la, generalidad de los casos, una cantidad doble o triple cuando menos que el ebanista, teniendo además, si su trabajo agrada al público, la brillante perspectiva de adquirir grandes ganancias y acaso una fortuna considerable, si tienen buena conducta, además de una celebridad que satisfaga su amor propio; perspectiva a que en caso alguno pueden conducir sus faenas al agricultor ni al artesano.



III.

Para comprender la distancia que separa a los trabajadores de estas tres clases, todavía será preciso que añadamos las diferentes condiciones materiales de sus respectivos trabajos.

El agricultor sale al campo antes que el sol y expuesto tanto en invierno como en verano a todos los rigores de la intemperie, aislado, encorvado hacia la tierra que remueve con sus brazos robustos, derramando en ella el sudor de su frente y sufre las penalidades inherentes a un trabajo ejecutado en tan desfavorables condiciones, debiendo contarse entre ellas el embrutecimiento hijo del aislamiento en que vive, y de la falta de ejercicio de sus facultades intelectuales. Y como los labradores viven generalmente, o en aldeas insignificantes y en casas y chozas aisladas en medio de los campos, valles y montañas, están además privados de los socorros que en casos de enfermedad o de desgracias pueden encontrar los trabajadores de las ciudades y también de los goces que ofrece la civilización aun a las clases más pobres, en los pueblos de importancia y en las grandes capitales.

Puede asegurarse que para la mayoría de los trabajadores del campo, son nulos la mayor parte de los progresos de la civilización. Mientras todo se transforma en la sociedad, mientras las artes y las ciencias ensanchan, cada día más, la esfera de la inteligencia y de los goces para el hombre de las ciudades, el labrador como si perteneciera a una raza maldita, verdadero paria de los tiempos modernos, vive ajeno al movimiento del siglo, aislado en medio de la naturaleza, como si una ley fatal le vedara participar de los bienes que sus semejantes conquistan cada día para la humanidad.

Y sobre el hombre del campo cuyos trabajos son los más necesarios a la sociedad, que es el que más eficazmente contribuye a su sostenimiento y el que menos participa de sus ventajas, pesan las cargas más graves y onerosas; y para complemento de su desgracia, arrastrado por la ignorancia en que vive sumido, ha sido siempre el más acérrimo sostenedor de las costumbres e instituciones que consagran su estado miserable y le condenan a no salir de él, haciéndoselo considerar como una necesidad fatal, ahogando en su alma toda idea de esperanza y presentándole la resignación como el primero de sus deberes.

Tal es la suerte de la mayoría de los hombres que ejecutan trabajos necesarios, en el seno mismo de las sociedades menos imperfectas que la humanidad ha creado hasta el día. La pintura es triste, pero verdadera; y ella sola debe bastar para que toda elevada inteligencia, todo noble corazón capaz de humanos sentimientos, deploren la imperfección de las instituciones sociales que tales efectos produce y anhelan la hora feliz, en que, ilustrados



sobre sus verdaderos intereses, reedifiquen los hombres sobre bases más justas y con más humanas formas el ruinoso edificio social, levantado por la barbarie de los pasados siglos, y cuya caída es para todos una constante amenaza.



IV.

Menos triste, si bien no más feliz, es la existencia del artesano de las ciudades, del hombre laborioso que se consagra a la ejecución de trabajos útiles a la sociedad.

Las relaciones y trato con sus semejantes son más íntimas; el compañerismo del taller es acaso, aunque pequeña; una compensación a lo pesado y monótono de su faena; es mayor su salario y están a su alcance infinidad de goces que cunda puede alcanzar el labrador; su inteligencia se desarrolla en una escala mucho más grande que la del hombre del campo y por lo tanto son más elevadas sus aspiraciones. En cambio de estas ventajas, el trabajador de las ciudades respira un airé menos sano, se alimenta de sustancias adulteradas que le hacen pagar muy caras, y el mismo desarrollo de su inteligencia contribuye a hacerle más odiosa su pobreza; despertando en su alma el sentimiento de la envidia por los placeres que, llamando con voces seductoras a las puertas de su apetito, acaloran su imaginación, engendrando deseos que no puede satisfacer, o creándose necesidades que aumentan su miseria.

El artista y el artesano de las ciudades necesitan para conformarse con su suerte, más grandes virtudes que el hombre de los campos, porque produciendo lo útil y lo agradable en cantidades fabulosas, no pueden disfrutarlo, viéndose condenados a vivir muchas veces en la carencia de lo más necesario. Su vida es casi siempre más corta que la vida del labrador, pero es en cambio más activa, ocupan un escalón más alto en la escala social, de lo cual es buena prueba que mientras el labrador abandoné su ruda y solitaria faena por el trabajo de las ciudades, siempre que puede; rarísima vez, aun en las épocas de mayor miseria y paralización en la industria, se ve a los trabajadores de las ciudades ir al campo en busca de ocupación.

Creemos necesario advertir que al establecer la comparación entre los hombres consagrados a los trabajos necesarios y a los útiles, simbolizando los primeros en el labrador, y en el artesano los segundos, no pretendemos hacer una comparación exacta; aplicable a todos los casos: basta a nuestro propósito que en términos generales lo sea.



V.

¡Cuán distinta es, de la de los anteriores, bajo cualquier punto de vista que se la considere, la vida del artista liberal, del hombre consagrado a trabajos puramente agradables!

Además de la mayor retribución, la principal superioridad de su existencia consiste en la esperanza de la fortuna adquirida por medio de su trabajo, ventaja a que jamás pueden aspirar los otros, y en la gloria, recompensa moral de sus esfuerzos, que el labrador y el artesano no han conocido hasta ahora.

El artista puede trabajar por cuenta ajena, y por tanto ser explotado como el labrador y el artesano; pero los aplausos tributados a su inteligencia, son suyos; su nombre va unido a su obra, en tanto que el trabajador de lo necesario y de lo útil, está condenado a la oscuridad y a que la recompensa moral, la gloria que sus faenas pueden producir, pase a ser patrimonio del especulador que explota sus brazos y su inteligencia. La personalidad del pobre trabajador se esconde y desaparece bajo la marca de la fábrica y el nombre del fabricante.

Mientras el labrador emplea todo el día en su faena embrutecedora, encorvado hacia la tierra, casi siempre aislado en las soledades de los campos, mientras el artesano y en general los trabajadores de las ciudades, consagrados a la industria, pasan todo el día amontonados en talleres húmedos e insalubres, faltos de aire y de sol, condenados como el presidiario sujeto a su cadena, a no faltar ni un día, ni una hora, a la ejecución de sus trabajos repugnantes, penosos o desagradables, el mayor número de los que se ocupan en trabajos de mero placer, los artistas liberales sobre todo, trabajan en sesiones cortas, casi siempre escogidas a su gusto, y en tareas a que van unidos los goces del alma por el recreo de la imaginación. No pocas veces los trabajos se ejecutan en público, y los aplausos que llenan de dicha y embriagan al alma con éxtasis divinos, aumentan y coronan el placer que su desempeño lleva consigo.



VI.

Y para colmo de diferencia entre la suerte de las clases de hombres útiles que venimos comparando, mientras el hombre no se ocupa en indagar el nombre del que ha producido el pan que come, ni el del que construyó la casa que habita, o tejió la tela de que va vestido, tributa entusiastas y frenéticos aplausos al artista que le procura una hora de placer, coloca en dorados marcos su retrato que quiere tener siempre a la vista, se cree honrado con su amistad aunque lleve sobre sus sienes una corona de rey, le manifiesta su admiración por los medios más delicados e ingeniosos y no falta mucho para que le adore como a un Dios.

De que hagamos esta apreciación que creemos exacta, no debe deducirse que consideremos injustos en manera alguna, los aplausos y las recompensas concedidas por la sociedad a los artistas liberales, y en general, a las personas que se consagran a trabajos puramente agradables. Lejos de eso, todavía encontramos insuficientes las recompensas y aplausos que alcanzan.

Y si esto no sucede con los que más ventajas sacan de sus faenas, en la actual organización de la producción, ¿cuán grande no será la reprobación que deberá inspirarnos, la mezquindad del salario por su probada insuficiencia y las funestas condiciones con que trabajan los hombres consagrados a la creación de lo útil y de lo necesario?

Si hay algo que revele de una manera verdaderamente aflictiva y desconsoladora, los vicios que corroen las entrañas de la sociedad actual, es sin duda alguna las condiciones a que en ella viven sujetos, la mayoría de los hombres que a trabajos útiles y necesarios se dedican.

Ellas bastan a explicar el porqué inspiran tales trabajos tanta repugnancia; porqué huyen de ellos, engrosando las filas del parasitismo, cuantos encuentran medios de hacerlo, siquiera no sean muy conformes con la moral.



VII.

Una de las más tristes consecuencias del caos económico y social que tales efectos produce, es la de inspirar al hombre, horror al trabajo que es su destino, y a la sociedad, desprecio hacia los trabajadores. Desprecio absurdo, si se considera bajo el punto de vista de la razón; pero lógico, dentro de la esfera social en que se produce.

El lote del trabajador es la miseria con todas sus fatales consecuencias; es la pobreza que lo condena a carecer de todas las ventajas, goces, privilegios y derechos que la sociedad en que vivimos concede solo a la fortuna, de lo cual podríamos servir de ejemplo nosotros mismos, puesto que, ejerciendo las profesiones de artista y de escritor público, no hemos llegado siquiera una vez sola a vernos inscritos en la más pequeña lista electoral, en el espacio de diecinueve años que venimos disfrutando el costoso privilegio de la mayor edad, y de ser cabeza de familia.

Y si esto nos ha sucedido a nosotros que hemos tenido la suerte de ocuparnos en trabajos útiles o agradables, ¿qué habrá pasado a la inmensa masa de las clases trabajadoras, que ni tiene medios de instruirse, ni tiempo para reclamar sus derechos, y en tesis general, ni aun medios de manifestar, y de pedir la satisfacción de sus más apremiantes necesidades ?



VIII.

Pero donde se ve todavía más palpable la insuficiencia, las imperfecciones de que adolecen las sociedades realizadas hasta ahora por la humanidad, es en la suerte que en todas ellas ha cabido a los hombres útiles de la segunda clase; es decir, aquellos cuyos trabajos aprovechan no solo a sus conciudadanos, a los que viven a su alrededor, sino a la humanidad entera, a la sociedad su contemporánea, y a las generaciones futuras.

A esos hombres, bienhechores de la humanidad, genios poderosos, que, ora descubriendo las más ocultas leyes de la naturaleza, ora inventando máquinas o sistemas, ensanchan los límites de las esferas del trabajo y de la inteligencia, creando riquezas inapreciables y mejorando la suerte de la humanidad, a esos genios sublimes, verdaderos ángeles tutelares que redimen al hombre del yugo de la naturaleza, de la que nace esclavo, transformándolo en verdadero rey del mundo en que vive, la sociedad en vez de remunerarles, siquiera sea pobremente, cuasi siempre ha pagado con insigne ingratitud, los esfuerzos que ellos han hecho por su bien, sacrificándolos en aras de su estúpido egoísmo o de los males de que ellos venían a librarla.

Sin embargo, si hay hombres de quienes pueda con justicia decirse que son más que reyes, que tienen más poder que los que sentados en sus tronos, parece que pueden disponer a su voluntad de millones de vasallos, es de esos genios poderosos que desde el oculto rincón de su pobreza dictan leyes que la humanidad obedecerá eternamente, y que, sin más autoridad que la de su genio creador, a reyes y pueblos los encarrilan por vías anteriormente desconocidas, sin que les sea posible resistirse.



IX.

En efecto, no es el verdadero rey, el Federico o el Napoleón, el Carlos Wassa o el Felipe II, que en el espacio de algunos años pasean sus ensangrentados cortejos del uno al otro lado de Europa, haciendo en el mapa algunos arañazos que borra la primera lluvia; el verdadero rey es Cristóbal Colon que dice a la Europa, «*AQUI TIENES UN NUEVO MUNDO y desde ahora te impongo la ley de que lo cultives y lo civilices:*» y desde aquel día, cuantos buques cruzan el Atlántico, lo hacen en virtud de la autorización del pobre piloto genovés. Él es el verdadero rey que da pasaporte para ir a América, a las razas de Occidente.

El rey verdadero, digno de tal nombre, es Gutenberg; inventando la imprenta, decreta la abolición de los manuscritos, y obliga a grandes y a pequeños, a sabios y a ignorantes, a los reyes sentados sobre sus tronos, y a los príncipes que aspiran a derribarlos, a rendir culto a un soberano creado por él, cuyo poder es incontrastable y que se llama LA OPINION PÚBLICA, hija primogénita y legítima de la imprenta.

¿Quién puede librarse hoy de rendir parias a la imprenta? En lugar de dirigirse a los reyes, los memoriales se ponen a los pies de la opinión pública; y los solicitantes, no van a buscar para sus pretensiones, el amparo y la protección de la aristocracia, se dirigen Gutenberg, poniéndose bajo la protección de la imprenta. El ministro caído dará a luz un folleto, para sincerar ante el pueblo su conducta, y el pretendiente que aspira a ceñirse una corona, publicará un periódico, pidiendo al poderoso rey Gutenberg sus armas invencibles, como el medio más seguro de crearse un partido que haga buenas sus pretensiones.



X.

¿Qué poder político, sea monárquico o republicano, absolutista o liberal, podrá nunca compararse con el de estos hombres que pueden decir a la humanidad:

«Yo tengo en mi cabeza una idea, que, sin necesidad de emplear la violencia, obligaré a adoptar mañana a todos los hombres: yo construiré una máquina que hará ricos a muchos, que hará sabia a la humanidad ignorante; yo dictaré una ley, sin necesidad de reyes, tribunales, jueces ni verdugos, bastará ser proclamada para que sea obedecida por todos los pueblos y por los poderes que los manden, hasta la consumación de los siglos: yo diré a la humanidad, abandona tus caminos de piedra y constrúyelos de hierro, y en las cinco partes del mundo, derramando en la tierra inmensos tesoros, fabricando puentes y acueductos gigantesco, perforando las montañas, trabajando millones de hombres, como poseídos de un vértigo, harán brotar sobre la superficie del globo, las vías férreas, sobre las cuales en millares de caravanas, se precipitarán alegres, entusiasmados, los pueblos y las razas antes sedentarias y pegadas al terruño como y volando al través del espacio, con la rapidez del viento, las cruces de sus cementerios y los árboles de sus huertas.»

XI.

Si hay hombres dignos de admiración y ante los cuales debe la humanidad inclinar con respeto la cabeza, bendiciéndolos, deben ser los primeros, sino los únicos, esos genios creadores, inventores o filósofos de quienes la sociedad ha recibido todos los bienes de que disfruta, de quienes recibirá cuantos necesite para destruir los males que la aquejan.

Unos han descubierto las leyes de la naturaleza:

Otros, haciendo aplicaciones de ellas, han inventado la aguja que dirige el rumbo del navegante en las tinieblas:

Otros han inventado el pararrayos que conduce la electricidad:

Estos han creado la máquina de vapor que multiplica las fuerzas del hombre:

Aquellos, el telégrafo eléctrico y submarino que, llevando el pensamiento al través del espacio y bajo las ondas de los mares, borra las distancias de entre los obstáculos que se oponen al dominio de la tierra por el hombre y a la fusión de las razas:

Y hoy mismo, se ha inventado entre nosotros, el *Ictíneo* que, penetrando en la profundidad de los mares, desconocida hasta ahora, va a poner por un rasgo de genio, a disposición del



hombre, la mitad de la superficie de la tierra que, por estar sumergida, había escapado a las investigaciones de la ciencia y o los intereses de la industria: maravilloso descubrimiento que, como el de Colón, va a dotar a la humanidad, de otro nuevo mundo, y a transformar las condiciones de la guerra marítima, operando una revolución en el arte de la guerra y de los combates navales, mucho más grande, que la producida por la aplicación del vapor a los navíos, revolución que no podrá menos de redundar en beneficio de las naciones que hoy se ven menospreciadas o avasalladas, por las que, como Inglaterra, poseen escuadras a cuya adquisición no pueden aspirar por su coste y por el personal que necesitan, las naciones de tercero y cuarto orden.



XII.

Pero sobre esto no podemos resistir la tentación de insertar aquí algunos párrafos de la luminosa memoria que ha publicado el señor Monturiol sobre su magnífico descubrimiento, garantizado ya por una porción de experimentos verificados en el puerto de Barcelona, todos igualmente satisfactorios, y que han demostrado de una manera concluyente que está resuelto el doble problema de la navegación submarina y de la facilidad de la vida del hombre, sin comunicación con el aire atmosférico, sin la cual no se hubiera podido conseguir aquella.

Dice así el señor don Narciso Monturiol, inventor del *Ictíneo*, en la memoria a que nos referimos, hablando de los experimentos, importancia, aplicaciones y resultados de su descubrimiento.

.....
«El problema, pues, de la navegación submarina consiste en la construcción de un aparato que reúna estas tres circunstancias: vida, movimiento y luz.

Las dificultades, que se presentan parecen desde luego invencibles, ya que la reunión de aquellas tres condiciones implica la creación de un ser respecto a los demás animales que pueblan el mar, y la de un mundo con relación al hombre que debe habitarlo.»

.....
«En efecto, el *Ictíneo* o barco-pequeño lo resuelve: sostiene la vida animal; se mueve en todas direcciones; ilumina el espacio que debe recorrer.

El *Ictíneo*, pues, es el vehículo que trasladará al hombre a las mayores profundidades del Océano: allí descenderá la ciencia humana para recoger infinitos datos que serán nuevas luces arrojadas sobre cien problemas hasta ahora no resueltos.

Entre el gran número de cuestiones que pueden resolverse por este medio, se presentan desde luego las siguientes: ¿La corriente magnética disminuye o aumenta de fuerza conforme se va acercando al centro de la tierra? ¿Qué le sucederá al hombre viviendo largo tiempo sustraído a la acción del aire natural, de las corrientes eléctricas atmosféricas y lejos de la influencia de los rayos solares? ¿Dan los animales, en cantidades infinitesimales e inobservados hasta ahora, productos que solo pueden ser recogidos por los *Ictíneos* destinados a largas exploraciones submarinas? ¿Para qué naturalezas puede ser dañosa la permanencia indefinida debajo del agua, y para qué clase de enfermedades fuera una excelente terapéutica? ¿El agua del mar, tomada en las mayores profundidades del Océano, contiene mayor cantidad de oxígeno disuelto que el agua de la superficie? o en otros términos: ¿la presión obra como



fuerza mecánica sobre los gases contenidos en los líquidos, o aumenta la afinidad química del agua con los gases? ¿Los animales del fondo del mar deberán todos su vida a la combustión del hidrógeno y del carbono, y los vegetales a la fijación del ácido carbónico? Si fuera así, ¿la acción química de los rayos solares alcanzarla a aquellos sitios donde no llega sensiblemente la luz, o la naturaleza dispondría de otro agente? ¿Las cordilleras suboceánicas son como las de la superficie de la tierra, escarpadas por la parte de Occidente y Mediodía, y de un declive suave por la parte que miran al Oriente y al Norte? ¿Las rocas que la geología denomina primitivas, se encuentran en las mayores profundidades del mar, o bien estas nos muestran los metales que constituyen en gran parte la masa de la tierra? Si el mar presenta profundidades mayores de cuatro leguas se verificará allí una continua producción y condensación de vapores de agua? ¿Hay relaciones constantes o periódicas entre el fondo del mar y las más elevadas regiones atmosféricas? En una palabra, ¿qué diferencias y qué relaciones existen entre el mundo atmosférico y el mundo suboceánico?»

.....

«Las producciones del mar han de ser variadas y en gran número, cual lo son las de la tierra, ya que, hasta el punto en que ha podido ser examinado, se ha reconocido ser un elemento propio para sostener la vida animal y vegetal. Los minerales de toda clase, si bien algunos en estado de óxidos, el cristal de roca, las piedras preciosas y el diamante, deben encontrarse en descubierto en las comarcas barridas por las corrientes. La explotación del fondo del mar tiene la gran ventaja de ofrecer pingües ganancias a los que se dediquen a ella; y la ciencia con este motivo tendrá siempre a su servicio los *Ictíneos* industriales, y sin grandes dispendios, un gran número de observadores.

La importancia que tienen los *Ictíneos* como máquinas de guerra, es tan grande, que, o acaba esta sobre el mar o deberá hacerse por otros medios; porque los actuales buques flotantes difícilmente y solo con gran desventaja pueden luchar con los *Ictíneos*. Los cañones de estos se cargan y detonan entre dos aguas. Los *Ictíneos* llevan torpedos que estallan al chocar con una embarcación enemiga. Pueden entrar y salir de los puertos bloqueados, llevando noticias, municiones, refuerzos, etc. Pueden esperar al paso a buques flotantes, salir en un instante a flor de agua, dispararles una andanada a boca de jarro, o despedirles cohetes cargados con granada, que ringlando por la superficie del agua se claven en los costados de los buques: luego se sumergirán para cargar de nuevo, librándose así de los disparos enemigos; aunque, según los planos que, como barco de guerra tengo formados, los *Ictíneos* de primera clase,



pueden resistir las balas de canon, puesto que su superficie exterior no cedería a una presión de 4.000 atmósferas: y la pólvora desarrolla esta fuerza solo en el mismo instante de la deflagración.

Si una nación por pequeña que fuese, tuviese armados 50 *Ictíneos* de a 30 hombres, y 12 de 300, unos y otros poseyendo como motor submarino la fuerza del hombre y en casos excepcionales la del aire comprimido, y para la superficie la fuerza del vapor, podría arrostrar las iras de la nación más potente en marina.»

«Las experiencias verificadas en estas aguas, han llamado varias veces la atención del público, y he aquí la relación que hizo el *Diario de Barcelona*, de la que verifiqué en 23 de setiembre último:

«Ayer a las nueve y media de la mañana se verificó en las aguas de este puerto una de las pruebas de navegación submarina por medio del barco llamado *Ictíneo*, invención del señor Monturiol. A pesar detallarse invitados solamente los señores accionistas, autoridades de marina, y señores redactores de los periódicos de esta capital, una numerosa concurrencia ocupaba el andén del puerto, y el vapor *Remolcador*, así como un sin fin de botes y lanchones, estaban llenos de gentes de todas clases, ansiosas de presenciar el espectáculo. — Colocado el *Ictíneo* a cien metros de la punta del muelle viejo, el señor Monturiol con cuatro individuos más, se han encerrado herméticamente en él, y el barco se ha sumergido con toda seguridad, pero lentamente. En la proa y popa del barco había dos palos de unos siete metros de longitud con objeto de señalar los movimientos de descenso, ascenso y dirección del mismo; y evitar así los choques con las demás embarcaciones que le seguían, y en particular en las subidas rápidas.

El primer movimiento ha sido de descenso vertical, bajando a la profundidad de 10 metros, en cuya posición ha permanecido 12 minutos. Después en el espacio de la mitad de este tiempo ha subido y bajado tres veces consecutivas sin presentar a la superficie o flor de agua más que la espina del pez. Enseguida virando hacia el S. S. O. ha andado entre dos aguas y a diferentes profundidades, como unos doscientos metros en el espacio de seis minutos. Siguiendo rumbo al S. adelantó como unos cuatrocientos metros, ascendiendo y descendiendo varias veces, y virando por redondo ha navegado al N. y en línea recta, como unos seiscientos metros. Después de otros movimientos en varias direcciones, ha ascendido definitivamente a la superficie, y hemos visto aparecer al señor Monturiol y demás sujetos, a las 12 menos diez minutos en punto, sin observar en ellos el menor síntoma de malestar.



El *Ictíneo* ha permanecido dos horas y veinte minutos en completa incomunicación con nuestra atmósfera.

El señor Monturiol ha verificado en su *Ictíneo* veintiún descensos o experiencias debajo de agua; y a pesar de los resultados que ha podido hoy presentar a los concurrentes, todavía espera dar mayores proporciones a su invento, como lo demostrará en la memoria que está escribiendo.»

Todas estas pruebas las he verificado con las peores condiciones que pueden darse, como son las de un *Ictíneo* que hace agua; que no tenía vejigas natatorias; con cristales rotos, y en medio de unas aguas sucias que no permiten ver los objetos del suelo, ni aun estando metido el barco como un metro dentro del fango del fondo.

Por lo demás si estas pruebas son suficientes para llevar en el ánimo de todos la creencia de que la navegación submarina es ara hecho, no dudo que encontraré los elementos necesarios para practicarla en grande escala.»



XIII.

Aunque para nosotros que somos cosmopolitas en la más lata acepción de la palabra; que, enteramente de acuerdo con los preceptos de la razón y de la moral cristiana, vemos hermanos en todos los hombres, cualquiera que sea la latitud en que han nacido y la religión que profesan; que consideramos toda la tierra como nuestra patria, sentimos un gran placer, en que sea un español, el hombre a quien, en nuestro siglo, deberá la humanidad, el inesperado descubrimiento de la navegación submarina, sin que por esto incurramos en contradicción con los principios que acabamos de exponer, porque es natural el sentir más cariño hacia lo que tenemos más cerca; aquello de que en cierto modo participamos, o a que nos unen lazos más estrechos que los que nos ligan al conjunto de la humanidad.

En esta ocasión, como en casi todas, es un hombre del pueblo, un hijo del trabajo, el genio que viene a dotar a la sociedad de un nuevo instrumento de producción, y a honrar a su patria con un brillante título de gloria.

Hecho notable y digno de fijar la atención de todo hombre observador, es el que, cuasi siempre, los bienhechores de Inhumanidad, los grandes inventores, los profundos filósofos, los reveladores y apóstoles de las nuevas religiones /hayan sido hombres oscuros, hijos del pueblo trabajador; que solo por excepción las clases aristocráticas, aquellas que tienen el privilegio de disponer de su tiempo, que el pobre necesita dedicar al trabajo que lo alimenta, tales como los nobles, el alto clero, los generales, los príncipes, los grandes propietarios, hayan inventado ni producido nada útil a la humanidad. En efecto, no recordamos el nombre de uno solo de estos privilegiados de la fortuna, que se haya inmortalizado por sus inventos o descubrimientos provechosos para sus semejantes.

Franklin el inventor del pararrayos era impresor:

Cristóbal Colon, el descubridor de la América, un pobre piloto :

Gutenberg, el inmortal inventor de la imprenta, era un oscuro mecánico:

Moisés, el gran legislador de los hebreos, había sido pastor:

Galileo, que descubrió el movimiento de la tierra, era profesor de ciencias naturales:

Causs, el inventor del vapor, pertenecía a las clases del pueblo: Fourier, el descubridor de la ciencia social y de la atracción pasional, fue dependiente de comercio:

Fuloón, el que aplicó a la navegación la fuerza motriz del vapor, era ingeniero:

Jacquard, el inventor de los telares de tejer que llevan su nombre, era un pobre sombrerero de Lyon:



También Monturiol, el que acaba de inventar la navegación submarina, ha sido cajista.

XIV.

Si entrara en nuestro propósito enumerar los autores de todos los grandes inventos y descubrimientos a que debe la humanidad sus progresos en los variados ramos del saber humano, que han salido de las clases más humildes y modestas de la sociedad, podríamos llenar un volumen.

¡Honor, gloria, pues, al pueblo que tales genios produce; cuyos hijos consagran sus esfuerzos a redimirlo por tan variados medios, de las vergonzosas cadenas de la ignorancia y la miseria, base indispensable de toda opresión! La ciencia que lo ilustra y lo enriquece, es obra suya; y estamos seguros de que a medida que la instrucción se generalice, se vulgarece el conocimiento de las ciencias, y que más largamente se recompense a los inventores, en honras y dinero, se aumentará más considerablemente su número, y no tendrán límite, los inventos, los maravillosos adelantos que llevarán a término feliz la regeneración de la humanidad, elevándola rápidamente al apogeo de su gloria.

Si tan portentosos descubrimientos se han hecho hasta el día, a pesar de los obstáculos de todo género con que la sociedad ha obstruido el paso a los inventores, a pesar de la ingratitud con que generalmente ha recompensado sus esfuerzos para enriquecerla. ¿A dónde no llegará su número, el día en que los hombres dotados de ese fecundo genio creador, en lugar de obstáculos, encuentren auxilios, y en vez del desprecio y la miseria, bailen la recompensa moral y material de que sean dignos?

¿No son ciertamente monstruosas la estupidez y la bestial ingratitud, el injurioso desdén con que la sociedad mira casi siempre a los hombres a quienes más debe, cuyos trabajos son más útiles para ella?

Aunque si bien lo consideramos no deja de ser lógica su conducta; porque, ¿qué ha de tener para los hombres útiles, quien todo lo concede a los inútiles? Donde se eleva y engrandece a los parásitos improductivos, en un mundo en el que es de buen tono el no hacer nada, en donde por la sociedad que se llama superiores rechazado todo hombre de trabajo, no considerando decentes las manos callosas que revelan la utilidad de su dueño. ¿Qué tiene de extraño que se mire con desdén a el hombre que trabaja por enriquecer a sus semejantes y que, después de agotar sus tesoros en mantener la irritante opulencia de un considerable



número de ociosos, en levantar suntuosos templos al becerro de oro y en adornar con sedas y pedrerías sus ídolos de barro, no quede a la sociedad, con que recompensar dignamente, a esos hijos predilectos que con una abnegación, con una fe sin límites se consagran a aumentar su bienestar, a ensanchar la esfera de sus conocimientos, a librarla de los males a que la sujeta la ignorancia?



XV.

Verdad es que y sobre todo en el presente siglo, las ideas de la sociedad con respecto al trabajo y al trabajador se han modificado considerablemente: empieza a reconocer lo grave de su error, comprende que el trabajo es la fuente de su prosperidad, la indispensable base de su existencia: los rancios pergaminos de la aristocracia, parásita que explotaba a la sociedad, han perdido su prestigio, y el justo principio de la igualdad, encarnándose en la opinión pública e iniciándose en las leyes, se alza como un anatema contra los privilegios, produciendo un estado transitorio que puede considerarse como el precursor del advenimiento del reinado de la equidad y de la justicia entre los hombres.

A los inventores no se les da todavía en la sociedad el lugar que les corresponde; pero tampoco se les encierra en *Bicetre*, como a Causse, ni se les martiriza por los romanos inquisidores, como a Galileo. Las naciones que tuvieron la dicha de servirles de patria, se honran hoy con su memoria y les consagran monumentos que eternicen sus nombres.



XVI.

Entre los tormentos horribles que algunos inventores han sufrido, merece descollar entre todos el de Salomón Causs, primer inventor, según Arago, de la aplicación del vapor a las máquinas. Este grande hombre tuvo la desgracia de nacer en Francia en el siglo XVII y de presentar al célebre ministro Richelieu, una memoria en que esponja sus descubrimientos, explicando las grandes ventajas que la Francia podía sacar de la aplicación de su invento. El sabio ministro al ver que el buen Causs se proponía tantas maravillas, con solo hacer hervir algunas calderas de agua, creyó que estaba loco, y no le hizo caso.

El inventor era pobre, y no podía por tanto, hacer a su costa, ensayos prácticos de su teoría, e insistió uno y otro día, uno y otro año, en convencer a el cardenal ministro, de que en los pliegos de papel de su memoria se encerraban los medios de enriquecer la Francia, y de asegurar su superioridad sobre las demás naciones. Richelieu continuó haciéndose el sordo, uno y otro día, uno y otro año, a las reiteradas instancias del generoso Causs que se había empeñado en inmortalizar al ministro y en hacer feliz a su patria, y ojalá que la sordera de su eminentísima excelencia, hubiera sido eterna, pues una vez que lo escuchó, fue para encerrarle en Bicetre, a fin, decía, de verse libre de las importunidades de tal loco. Y en efectos encerrado en aquella horrible caverna, cárcel y hospital que, como en otra ocasión hemos dicho, engendraba las enfermedades y los crímenes, el pobre Causs concluyó por perder el juicio. ¡Y no fue para él poca fortuna el librarse, a trueque de su razón, de los horribles tormentos de aquella mansión infernal!



XVII.

Para que no se crea exagerada esta calificación, y para que pueda el lector, comprender todo el horror de tales cavernas, verdadero reverso de la medalla de los templos consagrados los dioses, y de los palacios de los reyes, voy a transcribir algunas líneas de la descripción de Bicetre, hecha por una de sus víctimas.

Los negros muros de Bicetre han encerrado a veces cuatro o cinco mil criaturas humanas, entre locos, prostitutas, enfermos, criminales de todas categorías condenados por los tribunales, presos de estado, víctimas de venganzas políticas o de familia y del capricho de los mandarines y de sus favoritas.

Dice así Monsieur Latude, de cuyas memorias extractamos el siguiente relato:

«había presos que tenían el privilegio de podrirse en las calabozos entre las ratas y la humedad, desgraciados hambrientos a quienes el gobierno obligaba a sostener su existencia, con cinco cuarterones de pan negro al día y cuatro onzas de carne por semana, y un plato de habichuelas llenas de gusanos, en los días intermedios. Sin embargo estos desgraciados eran muy felices, si se les comparaba con los que con los detenidos que ocupaban los calabozos blancos.

Debajo del patio encerrado entre los tres cuerpos de la cárcel, en aquella época, único sitio por donde podían pasearse los presos distinguidos, se extendían como tubos divididos en compartimientos, dos corredores situados a veinte y dos pies debajo de tierra. Conducía a esta caverna, una escalera, negra y húmeda, a la que se llegaba por otro corredor desconocido a la mayor parte de los presos.

En las galerías había treinta y cuatro calabozos, con puertas de roble, forradas de hierro, en los cuales entraba la luz por una claraboya abierta en el techo y que daba a una bohardilla inhabitada, y cuyas puertas y ventanas no se abrían jamás: de modo que el sol tamizado por tantas pantallas, llegaba a la boca de la claraboya, sin luz, ni calor.

Algunos boquetes diseminados acá y allá, en el suelo del patio y tan pequeños que los paseantes los cubrían inadvertidamente con el pie, sumergiendo a los presos en las tinieblas, era lo único que podía revelar la existencia de los calabozos subterráneos del pandemónium de Bicetre.

Empedrada con grandes losas, iguales a las que formaban sus techos y paredes, roída por la humedad, esta prisión parecía un sepulcro cuya puerta no se abría sino para meter cadáveres.

En todos los calabozos había cadenas sujetas a la pared, para amarrar a los presos.



Durante dos siglos fueron arrojadas a la muerte en aquellos antros tenebrosos, innumerables víctimas humanas, para las que no había esperanza ni misericordia.

Cuatro pisos de calabozos semejantes se amontonaban los unos sobre los otros: cuando en el rigor del verano el sol abrasaba la tierra con sus rayos perpendiculares, un vapor nauseabundo, infecto y ardiente revoloteaba en aquellas grutas, asfixiando a sus moradores: el invierno con sus heladas y sus Nortes duros y secos, los entumecía, y los cambios de estación apresuraban su muerte.»

«Sin contar las pulgas y toda clase de insectos asquerosos, las ratas, los lagartos y las culebras, dice en otra parte Mr. Latude, tenía otros enemigos que combatir: los más terribles eran la humedad y el frío. Cuando llovía y en los días de deshielo, el agua entraba por todas partes, en mi calabozo: los reumatismos me baldaron bien pronto, siendo tan fuertes los dolores que sufría, que pasaba semanas enteras sin poderme mover de la paja podrida que me servía de lecho.

Como no podía llegarme a la puerta, cuando venían los calaboceros a repartir el rancho, no me lo daban: contentándose con arrojarme el pan encima de la manta de mi cama. Cuando podía moverme, me entretenía en romper con el tacón de mi zapato, el hielo que se formaba entre los huecos de las piedras de mi calabozo, refrescando con sus pedazos el ardor con que la fiebre secaba mis labios.

Si tapaba el hueco de la claraboya para librarme del frío, me abogaba la peste de las cañerías de que estaba rodeado: el aire se condensaba, causándome en los ojos, en la boca y en los pulmones, una picazón horrible. Treinta y ocho meses permanecí en aquella espantosa situación, concluyendo por sucumbir al hambre, al frío y a la humedad. El escorbuto se apoderó de mí. A los diez días, mi cuerpo estaba hinchado y negro: mis dientes se caían; y el pan que arrojaban desde la puerta a la cama, hacía tres días que no lo había probado. Me veía morir, pero no hacían caso.

Los presos de los calabozos inmediatos, creyéndome muerto, llamaron para que me llevaran a enterrar. Vinieron en efecto, y me condujeron a una enfermería que se llamaba, la sala de San Roque. A un lado estaban los enfermos de sífilis, procedentes de todas las cárceles de París. El resto estaba consagrado a los escorbúticos. Como el número era grande, habían unido todas las camas, colocando los colchones al través, amontonando cien enfermos donde no cabían veinte. El de la derecha, ya estaba muerto; el de la izquierda, agonizaba; y para los que sobrevivían, no había otro consuelo que la contemplación de tan horrible espectáculo.



Es imposible que las sábanas que han servido para un escorbútico, vuelvan a verse limpias y blancas. En Bicetre las dejaban en el lecho, todo el tiempo que duraba la enfermedad, que muchas veces pasaba de seis meses. Al cabo de este tiempo, impregnadas de unguentos, de sudor, de la sustancia del mal y de toda suerte de inmundicias, tenían la atrocidad de hacerlas servir de nuevo, en el lecho de otros pacientes.

Para colmo de miserias, los dependientes del establecimiento, rancheros, calaboceros, asistentes de los enfermos y de los locos, etc. etc., no eran gente pagada para tal servicio, sino criminales que, gracias a poderosas influencias, habían podido escapar del patíbulo, ya a título de locos o bajo otro pretexto cualquiera, y que en lugar de cuidar, martirizaban fiera y cínicamente, a los infelices que habían caído en sus manos.»

.....

¡Basta de horrores!



XVIII.

Causs, el inventor del vapor, fui arrojado a tal infierno por el cardenal Richelieu, sin más objeto que el de verse libre de sus memoriales. ¿Qué tiene de extraño que se volviera loco? Los que se llaman defensores del orden, los que ponen el grito en el cielo, si un príncipe cualquiera sufre la menor persecución o desgracia, los que desde hace sesenta años no se cansan de entonar jeremiadas, porque el pueblo levantara un cadalso para un rey de Francia, los que quieren encender la guerra y sublevar basta las piedras, porque el Papa sea rey absoluto, de una provincia más o menos, no han encontrado una queja, una lágrima, ni una palabra, para condenarla horrible iniquidad del cardenal Richelieu, para deplorar la injusta suerte de el desgraciado Causs, que había consagrado su vida al servicio de la humanidad.

Una sociedad en que tales cosas son posibles, está juzgada: y para que la esperanza no muera en el corazón, sofocada a la vista de tan negro cuadro, es preciso fijar las miradas en el porvenir, para buscar en él, el reinado de la justicia, en que armonizándose todos los intereses concluirán las desgracias de los hombres útiles, por la transformación en productores de todos los inútiles.

1860



LA REDENCIÓN SOCIAL.

El redentor ha venido; ¿pero la redención está hecha?

(L. B.)

Buscad y encontrareis el reinado de Dios sobre la tierra.

(S. JUAN.)

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, cúmplase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

(Obac. Don.)

I.

Vivimos en una época de crisis, de transición para la Humanidad, a quien vemos navegar a ciegas y sin brújula en el piélago tortuoso de la historia.

La generación actual asiste al espectáculo más animado, más sorprendente y grandioso que jamás produjeron los siglos.

Es todo un mundo de ideas y de hechos, que sucumbe con todos los dolores, con todas las angustias, con todas las fluctuaciones y alternativas de una lenta agonía. Es todo un mundo nuevo, que nace con todas las dificultades, con todas las esperanzas y con toda la debilidad de un engendro y de un parto difíciles y largos.

Es todo un mundo de ciencia y de ignorancia, de fe ciega y de profunda convicción; es toda una nueva edad, antítesis de la que, muriendo, le abre el paso a la vida; es un nuevo templo que levanta en sus hombros titánicos la Humanidad, decrepita ayer, y que rejuvenece hoy bajo la benéfica influencia de la nueva ciencia que se levanta radiante y majestuosa, esparciendo mayor claridad a medida que el hombre abandona sus babeles infectas, receptáculos de viejos, donde la vida excitada se apaga con rapidez, a medida que abandona sus desiertos estériles, donde el hijo de Dios, embrutecido por el aislamiento, degenera, se encorva y se asemeja a las bestias.

¿Cuándo brillará en el zenit el astro benéfico del nuevo día? ¿Cuándo la Humanidad entera habrá sentido penetrar en su corazón, marchito por tantos siglos de dolores, sus rayos vivificantes?



II.

Despierta, levanta, Humanidad; alégrate y bendice a Dios: sube a la alta región de la inteligencia, a donde tu espíritu te lleva; y mira, y siente, y goza de esta sublime perspectiva que te ofrecen dos mundos, dos épocas palingenésicas, que mueren y nacen a tu vista y bajo tu planta, que mueren y nacen en tu corazón que siente, y en tu cerebro que juzga.

¡Desecha las dudas y los terrores que asedian y anonadan tu alma! No llores, no temas, no vaciles, joven Humanidad; asistes a un espectáculo que solo se representa una vez en cada globo, y desempeñas en él un papel glorioso. Levanta, despierta, y aprende a marchar con la esperanza y el corazón dirigidos al cielo, y con los ojos fijos sobre la tierra que pisas.

Levanta, despierta, joven Humanidad; que el nuevo sol te ilumine: viéndote a su armónica luz tal como eres, te amarás a ti misma, amarás a Dios y al universo; desaparecerán las sombras y las dudas que te cercan, y todos tus individuos, miembros de un mismo cuerpo, hijos de un mismo padre, se abrazarán, y en la embriaguez de su dicha, creerán y bendecirán a Dios con reconocimiento.

Levanta, despierta, abre tu corazón a la esperanza, a la alegría, a la felicidad; marcha, mira las nubes de púrpura y zafiro del horizonte; mira las lontananzas, doradas por los rayos del astro benéfico del nuevo día: no te detengas, atraviesa esta tierra de Egipto, y no temas a los soldados de Faraón, que el mar Rojo, embravecido, sepultará en sus profundos abismos señor y vasallo, caballo y caballero...



III.

No temas los caminos oscuros y desconocidos del desierto; no temas las fatigas de la marcha; hombres uníos, amaos, esperad, andad, y Moisés hará brotar de nuevo agua refrigerante de la dura peña, y los peces volverán a multiplicarse bajo la mano del Cristo.

Despierta, levanta, camina, joven Humanidad; marcha, y no vuelvas la cara atrás, porque crearás ver siempre detrás de ti, como fatídicas fantasmas, las torres malditas de Sodoma, con sus horcas, sus grillos y potros sangrientos, y con ellos los espectros de sus hijos malditos, viciosos, gastados, decrepitos, y perdidos desde los vientres de sus madres. Verdugos, víctimas, pobres, ricos, patricios y siervos, ciegos todos, y empujándose, y chocándolos unos con los otros en una algarabía infernal.

Tápate los oídos, joven Humanidad, y corre a saludar al nuevo sol, que sale para todos.

Tápate los oídos, porque helará la sangre en tus venas y destrozará tu alma el satánico concierto de los soldados de Faraón, que blasfemando de Dios, caen sepultados bajo las ondas del mar proceloso; la confusa algarabía de los sofistas y doctores, que disputan y ergotean como energúmenos; el desenfreno y las voces impúdicas de las saturnales, de los fariseos y patricios de la ciudad maldita, y los ayes lastimeros del pobre, montón de harapos, máquina doliente y viviente, que aúlla en los pórticos de los templos, profanados por los mercaderes, y en los umbrales de los palacios, que mina y socaba la corrupción.

Hermanos, confiad, marchad, y tapaos los oídos y no volváis la cara atrás; con el corazón y la esperanza puestos en el cielo, y con la vista fija en el suelo que pisáis, id a saludar el nuevo sol, que ilumina la tierra de promisión.



IV.

Y tú, Faraón, gigante con los pies de arcilla, oye a Dios, que en mi voz te habla; y vosotros todos, que le seguís ávidos de botín, de hartura y de matanza, centuriones y licurgos, prostitutas y patricios, y esclavos y cortesanos, sentina de vicios, materia corrompida, corazones helados por el cierzo del materialismo, víctimas y verdugos, abrid los ojos, arrojad el báculo herrado de oro, que os guía en las tinieblas, lanzad en lo profundo del mar los instrumentos del dolor con que herís y sois heridos, y renaced a la vida, a la luz, a la esperanza del amor y de la dicha, porque la nueva fe, como las aguas del Jordán, purifica y lava todas las manchas, porque Dios lo quiere.

Humanidad, joven Humanidad, despierta, levanta, marcha y saluda al nuevo sol, que sale para todos. El nuevo día va a empezar, y es el primero del reinado de Dios sobre la tierra. ¡Hosanna! La redención va a cumplirse: la redención se cumple. Humanidad, despierta, levanta y bendice a Dios.



V.

La redención se cumple, sí; porque la Humanidad no perece. De las ruinas de una civilización, que degenera en la injusticia, que recae en la barbarie, nace y se levanta otra más vigorosa, más justa; porque el Espíritu Santo anima a la Humanidad, que está predestinada a cumplir la voluntad de Dios, a encontrar su reinado sobre la tierra; es decir, el reinado de la justicia, de la verdad, de la libertad, en una palabra, de la felicidad.

¿Y cuándo la Humanidad ha tenido más perdida la esperanza, ni más ardiente el deseo, ni medios más gigantescos para alcanzarle? ¿Cuándo ha estado animada de un entusiasmo más grande, de un soplo de vida más fecundo, de actividad tan prodigiosa, ni ha tenido sus fuerzas más esparcidas ni homogéneas que hoy? Nunca, jamás, no. Por eso el imperio de la ignorancia, de la guerra, de las enfermedades, del egoísmo, del dolor, en fin, que han reinado seis mil años sobre la tierra, caen, y se deshacen, y se extinguen ante la luz del nuevo día, contra la cual las sombras luchan todavía, pero luchan en vano.

Por eso yo, nuevo y hermoso día, esperado y comprendido por todas las almas que el mal no ha degradado, siento en mi corazón tu fuego vivificante, oigo la armonía de las mil voces acordes y sonoras de la naturaleza, que despierta de su largo sueño de muerte, y se levanta risueña; y mezclando mi voz débil y oscura a su mágico concierto, me levanto también y te saludo, y amo, creo y espero.

Y tú, generación contemporánea, Humanidad de nuestro siglo, madre, hermana e hija nuestra, sal de una vez de debajo de las ruinas de este viejo mundo de iniquidad, que degrada tu cuerpo y envilece tu alma: examina, reconoce, juzga y verás que estamos en una de esas grandes épocas de crisis, de renovación, de evolución social, en que la humanidad, como la oruga de los jardines, abandonando su viejo sayo por las alas ligeras y brillantes de la mariposa, toma en más dilatada esfera posesión del tiempo y el espacio.

Oye la voz de los nuevos profetas, que te anuncian la tierra prometida; nuestro deber, de acuerdo con las necesidades de nuestra existencia, es marchar y ocupar en la vanguardia el primer puesto.

¡Bendíganles a Dios! El gran día se deja ver en el horizonte... es el primero de su reinado, que va a empezar.

Cúmplase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

1849.



LA MISERIA.

A LOS PODEROSOS DEL SIGLO.

Los ricos son los depositarios de
los pobres.

EVANGELIO.

I.

¡Miseria! ¡ miseria! llaga repugnante y asquerosa, que devoras los escuálidos miembros de este desvencijado cuerpo social, que desfallece.

No hay una clase de la sociedad que escape de ti, miseria, monstruo horrible, lógica, forzosa consecuencia de la incoherente organización de un edificio que se desploma sobre sus falsos cimientos.

La infancia como la vejez, la pubertad como la edad viril, te pagan su tributo con las más hermosas criaturas de Dios.

¡Huis, todos huis de ella despavoridos: os hacéis ingratos, avaros, egoístas y crueles por alejar al monstruo horrible de vuestra presencia! Pero en vano: sí, ella se ceba lo mismo en los ungidos del Señor, como en los más humildes siervos, formando con los restos de las más lozanas flores del jardín de la humanidad un inmundo lodazal, que aumenta cada generación con más crecido contingente que su predecesora. ¡Dilo tú, mujer, cristalina gota de rocío sacudida en el cieno, víctima preferida, cebo arrojado a las garras de la hiena! ¡Y tú, vejez abandonada por el egoísmo de la civilización, espejo donde puede la juventud mirar su porvenir!

Quién podrá decir: «¡oh miseria! yo escaparé de tus garras.»

Poderosos del siglo, qué procuráis poner entre ella y vosotros una barrera de lujo, un ejército de lacayos, un velo de oro, ¿dormís tranquilos en vuestros lechos de púrpura? ¿No pensáis, al entregaros al reposo, que los adornos que os rodean pueden mañana ostentarse en algún hediondo baratillo? ¿No escucháis al través de la algazara de vuestros festines, de la música de vuestros saraos, los ayes lastimeros que arranca la miseria a los que acaso ayer os deslumbraban con el brillo de su riqueza? ¿No pensáis, no teméis, que la misma inestabilidad pese sobre vuestra precaria fortuna? ¿No teméis que la misma suerte os arroje al cieno, donde



forman los caídos esa desventurada plebe? ¡Quizás salieron de ella vuestros padres! ¿No teméis al acariciar a vuestros tiernos hijuelos, vuestra esperanza y orgullo, que vuelvan al lodo, de donde sus abuelos salieron?

¡Mirad a esas infelices criaturas de Dios que se arrastran por el lodo de las calles, condenadas por la civilización a consumir su desventurada existencia en la miseria y en los degradantes vicios de los lupanares y de los presidios, quizás, y sin quizás fueron sus padres hombres opulentos y poderosos de la tierra!



II.

Pero vosotros confiáis en el crédito de vuestros banqueros... En los poderes que os dieron parte de los despojos del vencido... En las leyes que aseguran vuestros monopolios, o en las revoluciones que destruyeron los de vuestros rivales... ¡Oh! confiad, confiad; cuando más engreídos os bailéis con vuestras fortunas, entonces la miseria se alzarán delante de vosotros, rodeada de crímenes más horribles que los que por alejarse de ella se cometen. Ella hiela el más ardoroso pecho si posa sobre él su mano descarnada y fría como la muerte: anonada los más fogosos corazones, y de las imaginaciones más ardientes aleja hasta la última esperanza de la dicha... los espíritus más altivos enmudecen y sucumben a su presencia... las conciencias más puras se manchan y envilecen a su contacto.

¡Miseria, miseria! Tú eres un justo castigo, lanzado por la Providencia sobre esta raza extraviada, que se olvida de su amor por adorar al becerro de oro; tú cubres de vergüenza, y tal vez ahogarás en sangre a este siglo presuntuoso, que se apellida ¡horrible escarnio! filántropo, humanitario, liberal y hasta religioso.

Volved, volved la vista y miradla: reflexionad que ayer demandaba humilde los despojos del poderoso, hoy murmura amenazante, negándole el derecho de disfrutar solo lo que Dios creó para todos; y mañana... ¡Oh! Mañana se alzarán terrible y desesperada, y cual nuevo diluvio sumergirá en los abismos de su nada al lobo con su presa, al señor y al vasallo, la odiosa riqueza que produce, y al insensato que pretenda tener el derecho de disfrutarla exclusivamente.



III.

Tal vez os sonreís imprudentes y nos llamáis visionarios: quizás es esta la primera vez, pobres ciegos, que llega la luz hasta vosotros, y penetra en las tinieblas de vuestro cerebro extraviado desde la cuna; ved a la claridad que arroja, que estáis al borde de un abismo: ella os señalará la puente salvadora.

Os engreís ufanos con vuestra civilización deslumbrante, vuestra industria civilizadora, equilibrio europeo, balanza mercantil, etc., etc., y os creéis en el pináculo de la humana perfección, con vuestras farsas políticas, derechos y prerrogativas conseguidos a fuerza de sangre... ¡Insensatos! ¿No veis al lado del dorado maniquí de la civilización, alzarse como su sombra, la aterradora miseria, escuálida, despavorida y amenazadora? ¿No la miráis, más espantosa todavía, baldón de la humanidad, ostentar sus miembros descarnados y repugnantes, falta de todo, allí donde más maravillas produce esa decantada industria civilizadora? ¿No la veis, trocando sus derechos por el pedazo de pan que le arroja el hartado con los productos de su trabajo?

Y que ¿no han de hablar estas terribles verdades más alto a vuestro entendimiento, que todas esas meticulosas palabrerías de vuestros papagayos, vulgo sabios, que se ocupan de todo menos de las verdaderas necesidades de la humanidad, que los cree y engrandece?

Pensad que no viniendo, como no puede venir, esta horrible plaga de la miseria, de la humana organización, pues esto sería una negación y una execrable ofensa a Dios, debe producirla la ignorancia de las necesidades de la humanidad en que han estado hasta hoy los que se han arrogado el derecho de dirigirla; el hondo abismo de iniquidades, de desconciertos, producidos por esta ignorancia; los heterogéneos elementos que constituyen la desorganización en que vivimos. Reflexionad un momento: no porque han pasado, no porque los veis desde lejos os parezcan grandes esos siglos, que fueron fundadores del edificio cuyas ruinas amenazan desplomarse sobre nuestras cabezas.

Ciertamente no ha sido levantado este edificio para comodidad de los que debían habitarlo, pues están todos en él alojados contra lo que sus necesidades exigen, contra su salud y su voluntad.

No ha sido la humanidad la que lo ha construido por conveniencia común: entonces no estaría levantado sobre arena; sería un admirable palacio y no una cárcel hedionda, donde todos alternativamente sufren y hacen sufrir.



No sabiendo en su primitiva ignorancia hallar los medios de satisfacer sus necesidades, creyeron los hombres, que se vieron fuertes, conseguirlo por medio de la opresión: el hombre esclavizó a la mujer; el padre al hijo: los pocos ignorantes, pero de vehementes pasiones, a la multitud ignorante y sencilla: el mal pasó a costumbre, luego a la ley, y después se santificó y fue herencia de uno en otro siglo transmitida.

¿Y cuál fue el resultado? Siendo los hombres dueños, no pudieron aspirar a ser amados, y el amor, fuente del bien, se perdió con la libertad de la mujer. Fueron dueños de los sencillos y perdieron la amistad, que jamás nace entre el señor y el esclavo; y todos, opresores y oprimidos fueron desgraciados; y todos, que debían amarse fraternalmente, se maldijeron.

Esta es la obra del error y de la ignorancia.

El edificio, tan neciamente levantado, fue cárcel y no palacio: en ella murieron la amistad y el amor, nacieron la hipocresía; el egoísmo, la envidia; y la miseria, su lógico resultado, se alza espantosa y terrible para enseñar a los unos y avisar a los otros su loco error: sí, ella es la más elocuente y viva protesta contra los absurdos que nos han conducido a este lamentable estado; ella es una voz que clama constante contra las ilusorias perfectibilidades, contra los vicios e imperfecciones del mecanismo social que nos abrumba.

Así encontramos el mundo: esta es la herencia que nuestros padres, perdidas la fe y la esperanza, nos dejaron.

Las grapas de hierro, los puntales que se arriman al edificio, no harán sino hacer más peligrosa su caída.

La miseria penetra por todas sus innumerables grietas; y llama con tremendos golpes a todas sus puertas.

Pero la causa del mal está ya conocida, gracias a la filosofía de nuestro siglo, a la ciencia Social: la cura radical hallada en el descubrimiento de la *Armonía Societaria*. A vosotros, felices del siglo, os toca aplicarla: es para vosotros una necesidad y un deber.

Sois los depositarios de la instrucción, de la ciencia y de la riqueza, del instrumento del trabajo, del trabajo, origen de todo bienestar, de toda abundancia, de la paz y del amor entre los hombres. La *Asociación* asegurará y multiplicará vuestra riqueza: ella es una garantía del porvenir y de la felicidad de vuestros hijos: ella trocará instantáneamente a las clases desheredadas, hoy enemigas vuestras, en felices y bendecidoras de vuestra riqueza: ella en fin convida a la humanidad a salir del estado incoherente y de opresión en que se encuentra,



y a seguir su verdadero destino, volviendo la miseria en riqueza, el erial en vergel, el mal en bien...

¡Cuán grande no será vuestra responsabilidad ante la historia, si no comprendéis la misión regeneradora que os asigna la Providencia haciéndoos, en cierto modo, árbitros de los destinos de la humanidad!



A LAS CLASES TRABAJADORAS.

I.

Proletarios del siglo XIX; descendientes de los vasallos del despotismo, de los siervos de la gleba feudal, de los esclavos de Roma, de los ilotas de Grecia, de los parias de la India; palancas de la industria moderna, de la agricultura de todos los tiempos, sostenes de la civilización, brazo que sustenta la sociedad, desgraciada es vuestra suerte, ruda vuestra faena, mezquina la recompensa, grandes vuestros deberes, vuestros derechos nulos.

A pesar de los gigantescos progresos realizados por las sociedades, cristianas en la vía del derecho y de la libertad, de la justicia y de la fraternidad, todavía vuestro destino participa del fatalismo que pesaba sobre el paria, de la suerte precaria del ilota, del embrutecimiento del esclavo, de la abyección del siervo, de la bajeza del vasallo, de la miseria que a todos degradaba.

Con vuestras lágrimas y vuestra sangre amasáis, las grandezas, los prodigios de la industria que admiran al mundo, quien, sin embargo, no se acuerda de vosotros que los producía, a pesar de que tanto se enorgullece con ellos; y, mártires desconocidos, sucumbís sin gloria en los tormentos infernales del trabajo repugnante y violento, monótono, o fraccionado con que labráis la fortuna de los explotadores de vuestra miseria, engrandeciendo a costa de vuestros sudores a la sociedad que os desprecia.



II.

Pero, por grandes que sean vuestras desgracias, por indigna de vosotros que haya sido hasta ahora vuestra suerte, no debéis entregaros a la desesperación, no debéis dejaros dominar por el odio que os inspira la injusticia de que sois víctimas; porque vuestra desgracia no es fatal, porque de vosotros depende vuestra redención, porque el porvenir es vuestro, y sus alegrías os recompensarán de los sufrimientos pasados, y borrarán de vuestras almas la negra melancolía que alimenta lo indigno de vuestra actual condición.

La ley del progreso es infalible, como todas las de la naturaleza.

Esa ley, que transformó al paria en esclavo, al esclavo en siervo, al siervo en proletario, elevando al trabajador por esta larga serie de transformaciones de la bajeza de la bestia a la dignidad del hombre; esa ley, que podríamos llamar fisiológica de la sociedad, que del trabajador, considerado al principio como cosa, como instrumento de trabajo vendible y trasmisible, y sobre el que tenía su amo derecho de vida y muerte, ha conseguido hacer un hombre libre y dueño de sí mismo, si no completamente de hecho, de derecho al menos, emancipándolo en la conciencia pública y en la suya propia, esa ley, repetirnos, lo hará a su vez dueño de los instrumentos del trabajo, condición indispensable de su dignidad, y sin la cual su libertad y su independencia serian siempre ilusorias.



III.

Pensad, trabajadores, que la mejora de vuestro destino ha contribuido en todos tiempos al progreso, a la perfección, a la riqueza, a la moral de la sociedad.

Cuanto más libre es el hombre es más digno, cuanto más digno más noble y elevada es su ambición; cuanto mayor es su ambición mayores son sus necesidades, y más y mejores frutos sabe sacar de sus brazos y de su inteligencia.

El que trabaja para sí, el que ha de ser dueño de todo el fruto de su trabajo, produce doble que el que trabaja para otro.

Los que quieren la prosperidad de las naciones no pueden menos de desear que los instrumentos del trabajo sean vuestros, que de jornaleros os elevéis a propietarios.



IV.

¿Pero cómo se realizará esa transformación?

¿Cómo el proletario, el jornalero, que no posee más que sus brazos llegará a ser dueño del taller, de la fábrica, de la casa, de la tierra, del ganado?

¿Despojaremos a los actuales propietarios?

¿Nos repartiremos la propiedad?

No: ninguno de esos medios os llevaría al fin a que la ley del progreso nos conduce.

Lejos de ser un medio de progreso, de adelanto y bienestar, el repartimiento de bienes sería un retroceso: sería imitar a los enemigos del pueblo, que, con el título de conquistadores, han despojado, en todas las épocas de la historia a las naciones, repartiéndosela tierra y luchando entre sí, como lobos hambrientos, sobre cuál había de llevar la mejor parte.

Si hay quien tal cosa os aconseje, no lo dudéis, trabajadores honrados son agentes de vuestros enemigos; predicadlos porque quieren perderos separándoos de la verdadera senda de vuestra redención social.



V.

Las grandes evoluciones sociales no se realizan en un día: se engendran y se desenvuelven lentamente, es cierto, pero son infalibles, y la evolución que concluirá con el proletariado, última face de la esclavitud y de la servidumbre de los trabajadores, es la más grande que se halla verificado en la vida de la humanidad.

Sin embargo, su completa realización será la obra de nuestro siglo.

¿Por qué medios?

Por la instrucción de las clases trabajadoras, y por la práctica general del principio de Asociación aplicado al crédito, a la producción y al consumo en todas sus esferas.

La instrucción de las clases trabajadoras debe forzosamente preceder a su emancipación, porque nunca una clase ignorante o más atrasada que las otras se ha elevado hasta ellas, ni ha salido de su abyección.

¿Y cómo dudar de vuestro porvenir, o trabajadores, al ver el instinto de la instrucción desarrollarse entre vosotros?

Trabajad por generalizarlo.

El primar deber de las clases trabajadoras, su más imperiosa y urgente necesidad es la de instruirse.

Todo debéis sacrificarlo a esta necesidad, a este sagrado deber.

El escaso tiempo que habíais de consagrar a vuestras diversiones, si es que para diversiones tenéis tiempo, debéis emplearlo en instruiros.

En la época presente debe apreciar más el hombre del pueblo un mal papel impreso que el mejor vaso de vino.

Donde las fuerzas individuales no alcancen, la ASOCIACIÓN llega y sobrepasa.

Un periódico, un folleto, un libro que es caro para un trabajador, es barato para una o dos docenas de trabajadores asociados.



VI.

¡LA ASOCIACIÓN!

¿Sabéis lo que significa esta palabra?

La Asociación es el lávaro que debe guiar vuestros pasos.

La Asociación es el símbolo de vuestra redención: es la garantía de vuestro porvenir y del de vuestros hijos.

La práctica del principio de Asociación debe ser, después de la instrucción, el principal objeto de vuestras miras, la norma de vuestra conducta.

¿Qué pueden esperar las clases trabajadoras del aislamiento individual?

Instruirse es prepararse para practicar mejor y en mayor escala el principio de Asociación

Así, a medida que sea mayor vuestra instrucción, podréis realizar asociaciones para mayor número de objetos, más complicadas y más productivas.



VII.

La fórmula de la sociedad contemporánea, que consagra la miseria de las clases trabajadoras, es el aislamiento, el individualismo, el fraccionamiento en todo. La fórmula del nuevo orden social que resultará de la gran evolución que debe emancipar a las clases trabajadoras de su actual abyección, haciéndolas dueñas de los instrumentos del trabajo, tendrá por lema y por norma, en vez del fraccionamiento, de la lucha de los intereses individuales y colectivos, la ASOCIACIÓN, que produce el acuerdo y la armonía entre todos los intereses.

Entonces, oh trabajadores, solo entonces seréis propietarios, sin que dejen de serlo los que lo son ahora; porque todo hombre útil lo será a título de accionista en las empresas y trabajos agrícolas o industriales en que toma parte, o a que contribuya, primero con sus esfuerzos personales, después con sus economías como capitalista.



VIII.

Ved, pues, cómo no es por la destrucción, ni por el reparto de bienes como llegaréis a labrar la felicidad de vuestras familias.

Si los trabajadores han sufrido tanto en todos los pueblos bárbaros o civilizados, y en todos los tiempos antiguos o modernos, no ha sido más que por su ignorancia.

La sociedad no puede existir sin el trabajo. Sin embargo los que ejercitan los trabajos más útiles, los que más trabajan son los más pobres, siendo al mismo tiempo los más necesarios. ¿Cómo puede explicarse esta contradicción, este fenómeno mas que por la ignorancia de los trabajadores que ni conciencia han tenido de su importancia social?

Los trabajadores han sido siempre los más. ¿Cómo si hubieran sido instruídos, si hubieran tenido la conciencia de su poder, de su fuerza, de la importancia de sus funciones, se hubieran dejado explotar, avasallar y envlecer por los menos, ya fuesen patricios romanos o señores feudales, sacerdotes de la India o acaparadores y monopolizadores judíos o católicos?

Pero facilitando providencialmente su propio trabajo cada día más la baratura y generalización de los medios de instruirse y las comodidades de la vida, ha puesto a su alcance la ciencia: y no tardará mucho la época en que las clases trabajadoras puedan dar lecciones a la clase media, que las ha precedido en la vía de la ilustración, y compartir con ella el poder y la influencia en los destinos del mundo.

Sabedlo, trabajadores; vuestra ignorancia y vuestro aislamiento son vuestros más temibles enemigos.

Preparad vosotros mismos vuestra emancipación, vuestro advenimiento a los derechos y a los goces de la civilización instruyéndoos y asociándoos.

No esperéis nada de los que viven de vuestros sudores; confiad solo en vuestros esfuerzos y en vuestras virtudes.

Que los que más sepan de entre vosotros sirvan de maestros a los que sepan menos.

Los deberes están en proporción de las fuerzas y de los medios.

Asociaos para instruiros; para socorredos en la miseria y en las enfermedades; para trabajar; para comprar los objetos que consumís; para educar a vuestros hijos.

El principio de Asociación es fecundo y se presta a satisfacer todas las necesidades, todos los gustos y placeres; pero a veces exige paciencia para esperar sus resultados, y sobre todo, ilustración en los que lo practican para aprovecharse de sus ventajas. Si sabéis explotar los bienes que la práctica del principio de Asociación os proporciona, aminorareis vuestros males



por él pronto y aseguraréis vuestra felicidad y la de vuestros hijos para un porvenir, tanto más próximo, cuanto mayores sean vuestras virtudes, vuestra prudencia y vuestra actividad.

Sobre todo, tened conciencia de lo que sois y de lo que valéis y seréis los iguales entre los primeros.



IX.

Pensad que las tendencias de la civilización os son hoy cual nunca favorables.

Todo trabaja, todo conspira en la sociedad actual en favor vuestro.

Los caminos de hierro por su rapidez y baratura facilitan los transportes a bajo precio de los productos del trabajo, poniéndolos así al alcance de los más pobres, por una parte, y aumentando la producción en la misma proporción que aumenta el consumo.

Las vías férreas han hecho desaparecer las distancias más para los pobres que para los ricos, que siempre tuvieron medios de viajar. Los trabajadores pueden hoy hacer grandes viajes en busca de trabajo mejor pagado; viajes que sin los caminos de hierro eran imposibles, no solo por los gastos que les ocasionaban, sino por el tiempo que en ellos debían invertir.

¿Cuál es hoy el objeto de todas las industrias más que el de producir mucho y barato a fin de que por la cantidad y el precio pueda adquirirlo el mayor número?



X.

¿El trabajo no es ya considerado como el único origen legítimo de la propiedad aunque todavía quedan en pie los restos, de la conquista, que fue, hasta no hace mucho, mirada como la fuente de la prosperidad de las naciones, y consagrada por la opinión pública y por las leyes? ¿No vemos ya, tanto a los estadistas, como a la misma opinión pública, reconocer que el trabajo es la fuente verdadera de la prosperidad y de la importancia política de los pueblos?

El trabajo, antes despreciado ¿no lo vemos hoy enaltecido en los industriales y capitalistas que lo representan, y cuya influencia ha derribado la que en otros tiempos ejercía la aristocracia de los pergaminos?

¿No vemos en las naciones más cultas levantarse periódicamente grandes palacios de cristal, que podríamos con justicia calificar de catedrales del trabajo, y reunir en ellos para ser admiradas las obras de los trabajadores, y rendir ante ellas su homenaje los reyes, emperadores y grandes potentados del mundo?

¿Pues por qué hemos de dudar de que se acerca el día en que los que admiran la obra reconozcan la grandeza del que la ejecuta; de que el que la produce sea el primero en disfrutarla? Y que, puesto que se considera el trabajo como la fuente del bienestar de los pueblos, sean honrados los trabajadores en proporción de la utilidad de sus tareas?

Sí, esto sucederá, porque es lógico, porque es justo que suceda. Esa era de ventura y de consideración social llegará para las clases trabajadoras, porque esta es la ley del progreso que la sociedad se desenvuelva gradualmente elevando a todos sus hijos a la misma altura de dignidad y de felicidad, y el turno ha llegado a las clases trabajadoras de los pueblos cultos de la vieja Europa. Sí, nuestro siglo hará del proletario, el ciudadano independiente, libre y feliz de una civilización más justa.

Pero si la realización de los progresos sociales es infalible, no olvidéis, trabajadores, que el hombre tiene un libre albedrío, y que su conducta puede, dentro de ciertos límites, adelantar o detener el curso del movimiento social.

Instruyéndoos y asociándoos facilitaréis la obra de la naturaleza, trabajando con ella, como obreros inteligentes, en vuestra felicidad, que, puesto que sois el mayor número, será la felicidad de la sociedad entera.